



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE HUMANIDADES

**HACIA UNA MORAL MARCUSIANA PARA LA LIBERACIÓN**

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
**MAESTRA EN HUMANIDADES: FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA**

PRESENTA:

**AURA MARCELA MORENO TIQUET**

DRA. HILDA NAESSENS

**DIRECTORA DE TESIS**

DRA. MARÍA DEL CARMEN LÓPEZ SÁENZ

DR. JOSÉ ANTONIO MATEOS CASTRO

**CO-DIRECTORES DE TESIS**



NOVIEMBRE 2018

## INDICE

INTRODUCCIÓN .....	3
--------------------	---

### CAPÍTULO I CONTEXTO HISTÓRICO E INTELECTUAL

#### DE LA OBRA DE HERBERT MARCUSE

1.1 Herbert Marcuse: Vida y Obra .....	10
--	----

1.2.- La Escuela de Frankfurt y el inicio de la Teoría Crítica .....	13
--	----

1.3 Consideración en torno a la relación entre marxismo, psicoanálisis y la estética .....	19
---	----

### CAPÍTULO II CONCEPTUALIZACIÓN DE SOCIEDAD E INDIVIDUO

#### UNIDIMENSIONAL EN LA OBRA DE HERBERT MARCUSE

2.1 Sociedad unidimensional .....	24
-----------------------------------	----

2.2 El hombre social unidimensional .....	36
---	----

### CAPITULO III ESTÉTICA Y LIBERACIÓN

3.1.- Sensibilidad y reestructuración de necesidades .....	48
--	----

3.2.- La dimensión estética de Marcuse .....	57
--	----

3.3.- Estética, arte y liberación .....	62
---	----

### CAPÍTULO IV DE LA ESTÉTICA HACIA UNA MORAL DE LA

#### LIBERACIÓN

4.1 Modelo moral capitalista; usos y repercusiones .....	70
--	----

4.2 Estética aplicada desde la teoría marcusiana .....	75
--	----

4.3 La estética y el arte como posibilitadores de un cambio material .....	79
--	----

4.4 Estética aplicada hacia una moral de liberación: el sentido de una nueva antropología .....	82
--	----

CONCLUSIONES .....	90
--------------------	----

## **Introducción**

En su propuesta teórica Marcuse analiza y critica al individuo y a la sociedad unidimensional que tienen como estandarte del progreso a la razón instrumental; el filósofo perfiló dicha postura al presenciar la Primera y Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, las bombas nucleares, la guerra fría, la persecución judía, etc., con lo cual identificó el reflejo de dicha razón en expresiones de un sistema que estandariza el pensamiento y genera dinámicas que sustentan una civilización irracional y violenta.

Con esto, el autor alemán estableció una crítica que se plantea como una clara oposición a una organización que disuelve a sus miembros en la colectividad, misma a la que denominó como unidimensional, la cual se rige por parámetros que atentan contra el sujeto al tiempo que impulsa el desarrollo de las construcciones sociales regidas por el mercado.

Desde ese punto se rastreará cómo el sistema capitalista se constituye y fortalece de la desaparición del individuo que se difumina en la colectividad al tiempo que pierde toda conciencia reflexiva; se retomarán las consideraciones marcusianas que apelan a concientizar al hombre contemporáneo por medio de sus planteamientos estéticos, los cuales posibilitan el desarrollo de una moral diferente a la establecida a fin de lograr que el hombre unidimensional se recupere a sí mismo.

Con ello no habría una normalización sistemática de la esclavitud, explotación, servidumbre, desigualdad, violencia, destrucción y cosificación en pro del “progreso”; ante esto las preguntas que se plantean a lo largo de la investigación son las siguientes: ¿es posible encontrar otras formas de existencia? y ¿la dimensión estética funge un papel posibilitador en el establecimiento de una moral diferente como base de una sociedad libre?

De acuerdo a lo anterior, la presente investigación partirá del análisis y crítica marcusiana a la sociedad del individuo unidimensional hasta su propuesta estética que apela a la construcción de una nueva moral; para lograrlo se identificarán y las

categorías que pugnan por una conciliación entre la teoría (donde plantea sus conceptos) y la praxis (donde se apela a aplicarlo en la realidad).

La denuncia de Marcuse sobre la supremacía de la razón instrumental como estandarte de una civilización irracional, dirige su pensamiento hacia la búsqueda de una sociedad no represiva que permita una producción artística e intelectual libre de los estándares del mercado, con ello condena la construcción de una colectividad que niega al sujeto y subordina sus genuinas necesidades por aquellas que responden al funcionamiento exclusivo de las masas (como el consumo desmedido y el despilfarro); instaurando una antropología que describe como “unidimensional” y que representa la normalización de esta represión como un modelo de vida común y funcional, por medio de la interiorización de la moral social que implementa deseos, gustos y modelos de satisfacción predeterminados.

Frente a esto, se rastrea la dinámica que Marcuse propone para resolver la contradicción existente entre la inconformidad de los sujetos sociales y la funcionalidad del sistema (en el sentido de que funciona, mientras que sus miembros se atrofian y se instalan en la unidimensionalidad). Frente a ello el autor cuestiona: ¿cómo podría liberarse a una sociedad que funciona en contraposición de un sujeto fragmentado?

Éste es uno de los problemas que se intentan rastrear y resolver desde la teoría marcusiana, misma que desarrolla una estructura conceptual para describir una sociedad libre, con la intención de trazar un escenario donde no tenga lugar el sistema de servidumbre y rescatar las dimensiones inconscientes del sujeto hacia la reestructuración cualitativamente diferente de la existencia humana. En palabras del autor:

¿Cuál es la dialéctica de la liberación que aquí nos interesa? Es la construcción de una sociedad libre, una construcción que en primer término depende del predominio de la necesidad vital de abolir los sistemas contruidos de servidumbre y en segundo término, y esto es decisivo, depende del compromiso vital de la lucha tanto consciente como subconsciente e inconsciente por los valores cualitativamente diferentes de una existencia humana libre. (Marcuse, 2011: 29)

Consideraré el método de la Teoría Crítica que el propio Marcuse aplicó en su búsqueda por develar la existencia que no obedece a las necesidades de los individuos, ya que las identifica como falsas, veladas e instaladas por medio de la represión y que se sostienen gracias a la falsa conciencia, aunado a que la propuesta dicta que de modificarse se generarían relaciones productivas no represivas tanto para el sujeto como para su entorno por medio de la razón y la libre decisión de los individuos.

Marcuse señala que la enajenación, la falsa conciencia, la represión así como el principio de rendimiento y realidad, reflejan un sistema corrupto que impide la creación de relaciones libres entre hombres y con la naturaleza ya que dependen de la utilidad y el valor de cambio. Para construir relaciones diferentes a éstas, Marcuse apeló a una nueva sensibilidad, una receptividad generada desde la experiencia estética en su reconciliación entre el intelecto y la sensualidad, para generar una nueva percepción de la realidad, con lo cual se abre la puerta a la posibilidad de una existencia alterna que procure de mejor manera las necesidades del individuo.

Frente a esto, el papel de la dimensión estética a lo largo de la investigación es preponderante dado que, según Marcuse, permite una aproximación a un orden diferente de la realidad, dado que no está guiada por los dictámenes de la razón instrumental; de modo que la finalidad del presente trabajo será rastrear y demostrar que Marcuse marca un camino hacia una realidad derivada de una moral integrada por todas las facultades humanas, al considera factores como el libre juego y la expresión artística que, aunque por sí mismas no pueden hacer una diferencia cuantitativa de la realidad, sí modifican la conciencia del sujeto y de ello si se puede apuntar a un cambio de dicha realidad material.

Marcuse propone un cambio de conciencia que pugna por la libertad como necesidad, hacia una sociedad crítica que se construya a sí mismas y a sus relaciones tanto interpersonales como institucionales que permitan el crecimiento individual; por ello, durante el desarrollo de la presente tesis se hará constantemente referencia a conceptos como imaginación, razón, fantasía y arte,

elementos esenciales para crear una oposición al modelo de pensamiento utilitario de la razón instrumental.

Me he propuesto analizar la dimensión estética y su relación con una moral que posibilite la transformación del hombre unidimensional; ello es lo que se sigue en la presente investigación, dado que la propuesta marcusiana permite vislumbrar las características propias de un hombre libre, de la mano de los conceptos que impulsarían la construcción de una sociedad que no se base en el dominio.

Considero importante rescatar su propuesta estética como alternativa para detener la represión de los instintos y lograr una satisfacción libidinal, lo cual permitiría una civilización sin erotización mediada por el dinero, la utilidad y el beneficio.

A lo largo de la investigación también analizaré el papel de la técnica y de su racionalidad, así como la postura marcusiana entendida como modelo contra la enajenación del hombre unidimensional, que llega a ser un mero instrumento. De esta regeneración derivará una reestructuración del lenguaje, para que pueda formarse también una reconstrucción teórica de la crítica de una nueva sociedad, que represente una ruptura de las concepciones interiorizadas por el hombre unidimensional que lo mantiene bajo la dominación.

Se rescatará la referencia del autor a la postura freudiana que permitirá comprender el aspecto psicológico donde se introyectan los parámetros que transforman a un individuo en un ser socialmente enajenado. Retomar esta parte de su pensamiento, es importante ya que permitirá comprender el problema de la incompatibilidad entre las necesidades de las masas y las del individuo; las cuales van de la mano tanto con la inhibición del pensamiento crítico como de los instintos, mismos que pasan a segundo plano en la adopción de ideas impuestas que sucumben a una intensificación afectiva que apela a la neutralización.

Frente a todo esto, la finalidad es resaltar la dimensión estética marcusiana e identificar las potencialidades que posee para la construcción de una moral diferente a la establecida y contrarrestar lo antes mencionado, dado que la posibilidad de lograrlo existe de manera latente en el individuo; por ello se deben

desarrollar para lograr la transformación de la conciencia unidimensional que genera y sostiene una sociedad basada en la producción y consumo, donde el hombre sería capaz de estructurar su vida sin subordinarse al aparato de control.

Es importante subrayar que, la propuesta marcusiana no plantea modificar la totalidad de la sociedad, sino solo las condiciones que instauran la unidimensionalidad; es decir no busca derrumbar los cimientos de la sociedad ni a ésta misma, quiere identificar los conceptos y paradigmas, analizarlos y resignificarlos en un intento por establecer aquello que mantiene la existencia social de sus miembros en condiciones que pueden llegar a ser deplorables o contradictorias, a partir de un análisis filosófico que emana de un pensamiento crítico. Lo interesante de esta postura, y que Marcuse aclara cabalmente, es que estas aspiraciones no tienden a un ideal, sino que responden a una necesidad que surge del propio progreso de la sociedad.

Agrego también una especificación importante: Marcuse hace referencia constante al término de sociedad y al de civilización que se encontrarán a lo largo del presente trabajo; a pesar de que ambos conceptos expresan la idea de una organización en la cual los individuos se integran a una colectividad que se rige por parámetros científicos, políticos, económicos, culturales, históricos, etc., y que conforman la base donde se establece el sistema capitalista mediado por la producción y el consumo; existe una diferencia entre ambos, por un lado, la sociedad como tal apunta al entramado conformado por individuos; y civilización (en muchos de los casos industrial, capitalista, contemporánea, etc.) como el establecimiento de dicha sociedad en un sistema específico, como ejemplo el siguiente párrafo donde menciona a ambos:

“La civilización industrial contemporánea demuestra que ha llegado a una etapa en la que ‘la sociedad libre’ no se puede ya definir adecuadamente en los términos tradicionales de libertades económicas, políticas e intelectuales, no porque estas libertades se hayan vuelto insignificantes, sino porque son demasiado significativas para ser confinadas dentro de las formas tradicionales. Se necesitan nuevos modos de realización que correspondan a las nuevas capacidades de la sociedad”. (Marcuse, 1993, p.32)

Esta tesis se divide en las siguientes partes: introducción, cuatro capítulos y conclusiones: en el primer apartado, realizaré un recuento del contexto y antecedentes que llevaron a Marcuse a interesarse y fortalecer sus planteamientos, dada su experiencia con las dos Guerras Mundiales y su llegada a la Escuela de Frankfurt, donde su formación freudo-marxista y su acercamiento a la teoría crítica marcaron toda su propuesta filosófica. Este primer capítulo mostrará el trasfondo de los conceptos para una mejor comprensión de los mismos.

En el segundo capítulo, titulado “Sociedad e Individuo Unidimensional en la obra de Herbert Marcuse”, retomaré los conceptos que esclarecen la idea de hombre y sociedad unidimensional con la intención de especificar cuáles son las problemáticas que el filósofo encuentra en el desarrollo y establecimiento de un hombre que se ha extraviado en la colectividad, tratando de contestar a las preguntas qué, por qué y cómo el individuo se disuelve en las masas borrando sus propias necesidades y adaptándose a las del sistema social.

En el tercer capítulo abordaré a profundidad el concepto de dimensión estética y la relación que guarda con las facultades que permitirían liberar al hombre de la represión social a la que se enfrenta. En este apartado se retomará también el papel de la sensibilidad, las necesidades, el arte y la imaginación; términos de los cuales Marcuse se servirá para proponer un camino alternativo al establecido por la sociedad capitalista.

En el cuarto capítulo explicaré cuál es la moral que propone Marcuse y haré referencia a la relación que ella guarda con la dimensión estética, lo cual me remitirá directamente a las conclusiones de la presente investigación. Por ello he titulado este apartado “De la Estética hacia una Moral de la Liberación.”

El interés fundamental de esta tesis es recuperar y resaltar el pensamiento de Marcuse que, aunque se desarrolló en un contexto diferente al nuestro, su propuesta ha traspasado la barrera temporal de una sociedad que ha repetido e intensificado los problemas que el autor identificó en sus libros. Su propuesta es



retomada por diferentes pensadores en todo el mundo, como una referencia crítica para analizar la sociedad actual, en artículos, libros y tesis que lo citan, ya sea directamente o de modo implícito en las ideas que se desarrollan; también lo observamos en teóricos contemporáneos que han retomado como base la Escuela de Frankfurt y de Herbert Marcuse para establecer problemáticas y posibles soluciones a fines del siglo XX y principios del XXI del mundo occidental; por ello el pensamiento de este filósofo es sin duda una postura que se mantiene actual frente a los problemas sociales en sectores políticos, educativos, sociales y económicos que lo vuelven una lectura fundamental.

# CAPÍTULO I CONTEXTO HISTÓRICO E INTELECTUAL DE LA OBRA DE HERBERT MARCUSE

## 1.1 Herbert Marcuse: Vida y Obra

Herbert Marcuse (1898-1979) criticó, entre otros temas, la dinámica de la racionalidad tecnológica, la unidimensionalidad del individuo y de las entidades colectivas, la reducción de la existencia a la producción, consumo y distribución masiva de productos, así como el papel del principio de realidad y rendimiento.

Desarrolló su análisis a partir de un enfoque histórico-social, económico-político y psicoanalítico, con una formación filosófica de profesores como Husserl y Heidegger, de los que posteriormente se alejó. Marcuse creció y formó su pensamiento filosófico en “la época de la guerra total” como la denominó el historiador Eric Hobsbawm para dar cuenta de las huellas que dejaron los grandes conflictos bélicos como la Primera y Segunda Guerra Mundial; por ello vivió las altas y bajas de este momento histórico, del sistema regido por el capital en tiempos de guerras mundiales, batallas locales y regionales, así como la persecución de los judíos por los alemanes nazis.

En este contexto el marxismo ganó gran popularidad alrededor del mundo, por un lado manifestando la inconformidad ante la organización y funcionamiento del sistema capitalista, por otro demostrando que es posible llevar la teoría a un plano teórico; como ejemplo se encuentra la Revolución Rusa y su impacto durante el siglo XX, el comunismo soviético como alternativa, según la teoría de Marx estaba destinado por la historia a superarse en cierto momento, es decir, el comunismo se llegó a ver como una alternativa para mejorar la calidad de vida.

En Rusia la apropiación de la teoría e implementación de la práctica fue hecha tanto por los líderes encabezados por Lenin como por los campesinos y

obreros que en ese entonces ocupaban un gran porcentaje de la población total, aceptación que se pudo observar en la pronta adición de la gente al Partido Comunista. “El lema ‘pan, paz y tierra’ suscitó cada vez más apoyo para quienes lo propugnaban, especialmente para los bolcheviques de Lenin, cuyo número pasó de unos pocos miles en marzo de 1817 a casi 250.000 al inicio del verano de ese mismo año. (Hobsbawm, 2014: 69).

El inadecuado contexto, los altos niveles de pobreza e ignorancia y la falta de condiciones adecuadas, no permitieron el desarrollo de este movimiento, la revolución industrial aún no llegaba a su auge en ese territorio; por lo que el proletariado industrial, designado por Marx como el sector que enterraría el capitalismo era una minoría, en contraposición al grupo de personas que se dedicaban a la agricultura.

La Revolución Rusa no podía ser y no sería, socialista. No se daban las condiciones para una transformación de esas características en un país agrario marcado por la pobreza, la ignorancia y el atraso y donde el proletariado industrial, que Marx veía como el enterrador predestinado del capitalismo, sólo era una minoría minúscula, aunque gozara de una posición estratégica. (Hobsbawm, 2014: 65).

A pesar de los contratiempos, el Partido Comunista llegó a contar con 600.000 miembros fuertemente centralizados y disciplinados, el impacto fue tal, que según datos de Hobsbawm, en Cuba los trabajadores de las plantaciones de tabaco, los cuales “muy pocos sabían dónde estaba Rusia” formaron “soviets”; a la par movimientos estudiantiles de tintes revolucionarios estallaron desde Pekín hasta Argentina, extendiéndose por América Latina. En Estados Unidos mayormente fueron los inmigrantes finlandeses los que adoptaban el comunismo emocionados ante la sola mención de Lenin.

Estos acontecimientos dejan ver que una parte de la población mundial no observaba en el sistema capitalista una opción que aportara a mejorar su calidad de vida, al grado que el comunismo les permitía vislumbrar una realidad que parecía mejor; los líderes autoritarios, las divisiones y las “purgas” fueron debilitando el movimiento, pero es importante saber que

marcó una pauta para entender al siglo XX así como a sus escritores, filósofos y artistas de todo el mundo:

Para esa generación, especialmente para quienes, pese a su juventud habían vivido los años de insurrección, la revolución era el gran acontecimiento de sus vidas y los días del capitalismo estaban inevitablemente contados. La historia contemporánea era la antecámara de la victoria final para quienes vivieran para verlo, entre los que habría solo unos pocos soldados de la revolución. Si la propia sociedad burguesa tenía tantas razones para dudar acerca de su futuro ¿Por qué debían confiar ellos en su supervivencia? Sus mismas vidas eran la demostración de la realidad (Hobsbawm, 2014: 80)

Después de la Segunda Guerra Mundial, los cambios siguen constantes y acelerados, acontecimientos como las protestas de París en mayo de 1968, la caída del muro de Berlín (1989), el colapso de la Unión Soviética (1992), entre otros; el hombre que crece y vive en esta época también es presa del cambio, surgiendo una subclase que carecía de función útil en la economía postindustrial.

Esta serie de sucesos tuvieron un impacto en la formación del pensamiento marcusiano, el cual, identificó que las manifestaciones de violencia, destrucción, asesinato masivo, podredumbre, desigualdad, etc., eran el síntoma de una problemática que tocaba a toda la sociedad: la razón instrumentalizada como manifestación de la propia irracionalidad: “La enfermedad de la razón -escribe Horkheimer- radica en su propio origen, en el afán del hombre de dominar la naturaleza, es decir, la ilustración nace bajo el signo del dominio.”

Este planteamiento impulsó y fortaleció la creación de la propia Teoría Crítica la cual, junto a Marcuse, fue desarrollada por un conjunto de pensadores de la época de corte marxista, que se presentaron inconformes con el camino que el “progreso” social había tomado: “como en el origen de la Teoría Crítica, una experiencia histórica dolorosa, dramática para Horkheimer y Adorno: la humanidad –escriben en 1944- no sólo ha avanzado hacia el reino de la libertad, hacia la plenitud de la ilustración, sino que más bien retrocede y se hunde en un nuevo género de barbarie” (Horkheimer, Adorno, 2009: 11)

A partir de aquí, como preámbulo al siguiente capítulo, es importante tener en cuenta en el análisis de las fracturas, tanto psicológicas como sociales dentro del sistema, que se acotarán siempre desde la Teoría Crítica. Esto es importante remarcarlo dado que, aun siendo una propuesta establecida para un contexto diferente, la adopción de conceptos que otorgan un conocimiento crítico sigue planteándose dentro de las categorías y el propio análisis.

Aunque es cierto que una teoría crítica no puede limitarse al esquema que elaboraron estas figuras de Frankfurt (de hecho, la renuncia a sistemas cerrados es otra característica fundamental del conocimiento crítico), sí se puede tomar como punto de partida para explicar los desajustes sociales y psicológicos que genera la irracionalidad del mundo capitalista en las personas, pueblos o comunidades. (Torres Guillen, 2013: 11)

## **1.2. La escuela de Frankfurt y el inicio de la teoría crítica**

El pensamiento de Marcuse fue influido por el socialismo y la teoría marxista, lo cual impactó en el fortalecimiento de la Teoría Crítica que se desarrolló dentro de la Escuela de Frankfurt junto a la aportación de teóricos como Erich Fromm, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Leo Lowenthal, Friedrich Pollok, Jürgen Habermas y Walter Benjamin, quienes simpatizaron con la obra de Karl Marx como modelo para analizar la sociedad.

La llegada al poder de los nazis en Alemania, en 1933, afectó ampliamente a la Escuela de Frankfurt, considerando que los integrantes eran declarados marxistas y en su mayoría de ascendencia judía. El instituto fue cerrado ese año y sus miembros se dispersaron en Inglaterra, Francia, Suiza y Estados Unidos, siendo este último el paradero de Marcuse después de Ginebra y Francia.

Es en esta etapa histórica donde el desarrollo del conocimiento industrial vuelve a la razón una herramienta de poder y un medio para la dominación de la naturaleza, a partir de la ilustración se genera y responde al principio de identidad: no se acepta lo diferente y desconocido.

El proceso de ilustración es, pues, un proceso de desencantamiento del mundo que se revela como un proceso de progresiva racionalización, abstracción y reducción de la entera realidad del sujeto bajo el signo del dominio, del poder. En cuanto tal, este proceso, que quiso ser un proceso liberador, estuvo históricamente como un proceso de alienación, de cosificación” (Horkheimer, Adorno, 2009: 13)

Ésta fue la característica de la sociedad que los miembros de la Escuela de Frankfurt retomaron en su crítica, la cual quedó dirigida en un sentido que permitiera conjugar la reflexión y praxis, al identificar en la ilustración un proceso de racionalización implementado en todos los niveles de la vida social, proceso que se observa en la instrumentalización de dicha razón y de la pérdida de sentido y libertad.

La filosofía social –afirma en ella-, que tiene por objetivo realizar la filosofía, solo es posible hoy, dada la complejidad de la realidad social y el nivel de desarrollo de las ciencias a través de una conjunción y compenetración de filosofía y ciencias sociales. (...) Este proyecto tenía, pues, como ha subrayado Habermas, el sentido preciso –en línea con la más genuina intención marxiana –de una autosuperación de la filosofía en orden a su realización (Horkheimer, Adorno, 2009: 13).

Marcuse compartía la búsqueda e inquietudes de la Escuela de Frankfurt, por lo que abonó al desarrollo de los fundamentos de la Teoría Crítica la cual se gestó en dicha corriente, donde se volvió fundamental encontrar caminos que llevaran la teoría a la práctica para enfrentar una realidad que no es estática sino cambiante, premisa importante de la Teoría Crítica.

Según el artículo “Herbert Marcuse: una biografía intelectual”, de Rosendo Bolívar Meza, la década de los 40 tuvo gran relevancia en la historia intelectual de Alemania, los sucesores de Hegel retomaron su pensamiento y lo aplicaron a los fenómenos políticos y sociales, divididos en dos corrientes: derecha e izquierda. Con este antecedente, Marcuse observó que la razón servía como una herramienta primordial para la Teoría Crítica, al apreciarla como la posibilidad más alta del hombre, siendo analítica, crítica y especulativa, con base en lo social e histórico.

De acuerdo con el estudio de Rusconi (1969: 247-348), las etapas del

pensamiento de Marcuse pueden dividirse de la siguiente forma:

- 1.- Formación teórica (1928-1933)
- 2.- Crítica de la cultura y la sociedad existentes (1933-1938)
- 3.- De la teoría marxista a la ideología soviética (1938-1958)
- 4.- Desublimación represiva y racionalidad tecnológica (1958-1964)
- 5.- Alternativa al orden existente (1964-1979)

A lo largo de este proceso, el papel de la Teoría Crítica fue reexaminar los posibles factores de cambio que permitirían redefinir la realidad representando así un movimiento intelectual que nace en el Instituto de Investigaciones Sociales en Frankfurt, donde se abordan problemas relacionados con la sociedad y la cultura, a partir de un análisis “crítico-negativo” y dialéctico.

En términos generales, dicho movimiento se articula en torno de una postura teórica encuadrada en la izquierda radical, que a partir de una cuidadosa y original lectura de su tiempo, aborda problemáticas sociales, científicas, políticas y culturales a las que imprime un tratamiento específico y puntual cifrado en un examen crítico-negativo que, en palabras de Karl Marx, no se deja intimidar por nada, y que produce una verdadera subversión deconstructiva de los objetos que investiga, lo que es posible en virtud de una muy particular aplicación de la dialéctica y del uso destacadamente inteligente de elementos crítico-negativos provenientes del marxismo, el psicoanálisis freudiano” (Gandler, 2016: 79).

Al igual que con Marcuse, el contexto que envuelve esta teoría contestataria está envuelto de guerras, persecuciones y muertes; momento donde se vive un desencanto por la caída de una sociedad regida por la razón instrumental; el análisis de esto, desde la Escuela de Frankfurt, se basó en el escrutinio de su realidad. “Sus empresas teórico-críticas, enfocadas a los problemas teóricos, políticos y sociales más relevantes de su propia circunstancia” (Gandler, 2016: 80).

La importancia de remitirme a las bases de la Teoría Crítica es mostrar la relevancia que tiene en la obra de Marcuse y en el análisis de la misma: “De este modo en la circunstancia actual, estando el mundo contemporáneo en un momento semejante y en la vorágine de una nueva crisis, es posible preguntar qué tanto de aquella postura es susceptible o necesario rescatar teóricamente, con el objetivo de articular, aquí y ahora, una nueva visión de las cosas igualmente lucida, radical, esclarecida y esclarecedora” (Gandler, 2016: 80).

El método de la Teoría Crítica representa un análisis mediado por la negación de lo establecido: “dado que ahí se privilegia lo negativo, y lo negativo esconde una peligrosa espina positiva resuelta en la pedagogía: lo negativo en la crítica es el elemento motor de la convicción, educa y destruye lo falso” (Gandler, 2016: 85), es un modelo teórico que permite confrontar la realidad y cuestionar la veracidad de sus significaciones y entramados teóricos.

Es por ello que la Teoría Crítica ofrece al trabajo de investigación una guía que permite una significación diferente desde la estructuración de conceptos, dando pie a una modificación del “fetichismo mercantil”, que inserto en el lenguaje, media la comunicación de la sociedad; este cambio de significación nos permite conceptualizar y pensar el mundo de manera distinta, lo cual es uno de los primeros pasos a seguir dado que, aun cuando la crítica y el análisis sean puntuales, sin la pertinente desfetichización a nivel práctico, teórico y epistémico, no existe una intervención efectiva de la crítica.

De este modo tanto la forma básica de la sociabilidad como totalidad de sus lenguajes terminan siendo parasitaria por el capital en cuanto esta forma histórica y concreta de organización social introduce en el proceso de producción y reproducción del sujeto social y en el proceso de producción/consumo de las significaciones y mensajes una reconfiguración práctico-significativa, en donde todo producir y todo consumir, *incluido el discurso teórico*, se allanan a la necesidad de valorización del valor, adoptan la forma fetichoides de la mercancía y traducen todo acto social-cultural, en un acto propiamente mercantil. En esas circunstancias es inútil recurrir a una oposición directa, porque toda lucha en el mismo terreno del significar dominante está condenada a reproducir su sentido y derivar apologética



(Gandler, 2016: 90).

La Teoría Crítica es una alternativa al dominio teórico burgués, “tiene que constituirse como un significar incontestablemente anticapitalista y someter todas y cada una de sus categorías a un proceso de profunda desfetichización” (Gandler, 2016: 95). Queda claro que no intenta crear un nuevo lenguaje ni borrar o modificar las palabras sino resignificar la lectura que se hace al lenguaje o de la creación de nuevos términos.

Este método hará mancuerna con Marcuse para desarrollar una herramienta teórica que permita una aplicación en la praxis, para la transformación tanto de la conciencia como de la realidad concreta, en tanto que, “(...) la Teoría Crítica debe reconstruir las condiciones en las que la lucha de clases, como espacio y forma de la centralidad de la praxis revolucionaria, aparece contemporáneamente como recurso para la transformación de una conciencia y como transformación concreta de la realidad” (Gandler, 2016:100).”La Teoría Crítica es la pieza faltante para aterriza en la realidad y reflexionar sobre ésta, sobre sus problemas y en la medida de lo posible proponer soluciones que puedan reflejarse en la realidad.

Si es la praxis social la que funda y en última instancia esclarece toda presencia de sentido en lo real –o bien hacen que lo real aparezca dotado de sentido- es ahí, en el curso de su realización, en donde debe mostrar la verdad, la terrenidad, la radicalidad y el poderío de su dicho. De otra forma, la nueva Teoría Crítica estaría a comportarse como los filósofos, quienes interpretan el mundo de diversas formas pero se abstienen de participar en su transformación; construyen discursos edificantes e hilvanan interminablemente ideas: razonamientos redundantes o hermenéuticos de lo que ya es... y para ellos no puede ser de otra forma. (Gandler, 2016: 100)

Con esto dicho, se da la pauta para ahondar en el análisis que hace Marcuse de la sociedad para encontrar en sus categorías nuevos modos de existencia, pues el análisis crítico de esta sociedad “solicita nuevas categorías: morales, políticas, estéticas” (Marcuse, 1969: 15); de ahí que la postura de la Teoría Crítica sea el referente metodológico del autor, ya que se presenta como una alternativa a la teoría tradicional “representada por el sentido de fórmula, el

positivismo, el historicismo y la metafísica” (Gandler, 2016, p.80).

Marcuse apunta así al análisis de la estructura dominante del sistema capitalista: esclavo-amo; que se puede ver representada en diferentes formas como: campesino-noble, obrero-industrial, hasta el empleado-empresario de hoy en día, frente a esto la pregunta es por qué esta relación se mantiene después de tanto tiempo. Aunque el sistema ha modificado esta fórmula, estructuralmente parece ser lo mismo, y refleja lo que el propio Marx mencionó en el *Manifiesto Comunista*, en 1848: “La condición esencial de la existencia de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado” (Marx y Engels, 2007: 167).

Aunada a esta postura, Marcuse se sirve de la obra de Sigmund Freud, de quien retoma la propuesta sobre los instintos humanos y su sometimiento, así como las categorías de Eros y Thanatos, que encaminan al teórico hacia una dialéctica que permita una reconciliación entre ambos; siendo en su libro *Eros y civilización* donde Marcuse deja en claro la influencia que tiene tanto Marx como Freud.

Cabe mencionar también fue influido por Heidegger, quien fue parte de su formación, además de sus lecturas de Hegel y de los marxistas George Luckács y Karl Korsch. La formación de Marcuse lo lleva a ver la sociedad de una manera crítica y analítica para, posteriormente, conjugar el conocimiento adquirido al estudiar la realidad y las conjeturas a las que llega gracias al uso de la propia Teoría Crítica como la metodología.

Tomando en cuenta lo anterior, en el siguiente apartado se abordarán las implicaciones de la influencia marxista y psicoanalítica en la propuesta filosófica de Marcuse.

### 1.3 CONSIDERACIÓN EN TORNO A LA RELACIÓN ENTRE MARXISMO, PSICOANÁLISIS Y LA ESTÉTICA

Para la Escuela de Frankfurt y la propia Teoría Crítica, el marxismo es la fuente de la reflexión crítica-social.

Marcuse reconoce que los elementos fundamentales del avance y transformación de su pensamiento fueron (Buschm 1996, p.13), en primer lugar, la interpretación independiente del marxismo, de la teoría marxiana específicamente, más allá, por supuesto de los dogmas cosificadores, fetichistas y rituales de las lecturas conservadoras de la teoría, concebidas desde esta perspectiva como una doctrina de rígida aplicación al ámbito político-económico.” (Rocha de la Torre, 2014: 28)

Por otro lado, el psicoanálisis cumple la función de hacer una aproximación al fenómeno de la cultura, así como de soporte para la configuración de la utopía sociocultural, la cual Marcuse concibe como un proceso tanto de lo social como de lo psíquico, ya que para el autor es imposible lograr una transformación de la realidad sin un cambio simultáneo en dichos aspectos.

La postulación de una utopía psicológico-social en la que confluyen como una sola propuesta el ideal marxiano de una sociedad libre del trabajo alienado descrito por Marx en los *Manuscritos económicos filosóficos de 1844* (Marx, 1980, pp. 65-80) y la liberación no destructiva del placer en el despliegue de la fuerza integradora de Eros.

Es así como, las categorías psicológicas se vuelven políticas, uniendo en la teoría a la psicología y a la filosofía social con el fin de volverse una sola herramienta de reflexión contra el desarrollo del hombre unidimensional.

Del psicoanálisis freudiano, Marcuse introduce en su reflexión la dinámica entre Eros y Thanatos la cual constituye el sustento psíquico del estado de la civilización; en este sentido el fortalecimiento de Eros –pulsión de vida y de placer- representa una de las maneras de contrarrestar la sociedad de opresión dado que expresa lo contrario a la destrucción al tiempo que logra alejarse de la cotidianidad, lo cual apunta directamente a la introducción del arte auténtico, logra tomar distancia de la experiencia cotidiana, de la realidad ligada al principio de realidad prevaleciente, y de esta manera permite experimentar una verdadera liberación (Rocha de la Torre, 2014: 31).

Es con el arte donde la función estética se asoma en el entramado teórico de

Marcuse, arraigado al concepto freudiano de Eros, ya que está relacionado con el fortalecimiento de la cultura.

Aunado a esto, cabe mencionar términos que de igual manera están vinculados a la teoría psicoanalítica y son principio de actuación como principio de realidad en un momento histórico particular; represión excedente la cual suma la represión social, política y económica.

Pero esta represión excedente es, en terminología marxiana, ideológica. Constituye la base psíquica y social para la constitución final del hombre entregado al dominio del espíritu de la época. Se trata, en síntesis, del hombre de la conciencia feliz incapaz de oponerse al principio de realidad establecido, debido a que ha interiorizado la represión en sus dos versiones a tal nivel que éstas terminan siendo la expresión de una y la misma opresión: la negación del placer y, simultáneamente, de la posibilidad misma de pensar por sí mismo: es la experiencia del hombre unidimensional, del esclavo feliz (Rocha de la Torre, 2014: 33)

La dimensión psíquica, la crítica marxista y la filosofía social, encaminados a analizar una sociedad que crea sujetos adecuados para la colectividad, donde la propia estructura mental otorga el nido para alojar una moral represiva, que se busca contrarrestar por medio de funciones estéticas que apelen, como ya se ha mencionado en párrafos anteriores, a un fortalecimiento del Eros. “La resolución de los conflictos en pro de la cultura será representada por el predominio del yo y su principio de realidad, así como el super-yó, la normatividad, la moral y la ley social, sobre el principio de placer gobernado por ello”.

Teniendo esto presente, pasaré al siguiente apartado donde ahondaré en dos de las categorías ejes en la propuesta del filósofo que son el hombre unidimensional y la sociedad capitalista. En este sentido, hago hincapié en que, para hacer referencia al término “sociedad capitalista”, en las siguientes líneas se encontrarán otros conceptos similares como “civilización”, “sociedad de consumo” o “sociedad industrializada”, que aluden al mismo término.

Una de las dinámicas representativas de esta estructura social es la que obedece a la ganancia-producción-consumo, ya que transforma a sus miembros en herramientas, deshumaniza la ciencia y subordina la sensibilidad a los instintos y al intelecto. “El tipo de racionalidad que impone la ciencia y que el positivismo refuerza, en la medida en que excluye todo aspecto no cuantitativo tildándolo de metafísico, de instintivo, de incomprensible, se erige como racionalidad única, regida por las leyes de la productividad y tendiente a reducir toda oposición posible convirtiéndola en afirmación” (Conti. R., 2011, p. 16).

El filósofo considera que la cúspide de una sociedad unidimensional se refleja en la desublimación institucionalizada, donde los propios miembros absorben la oposición, es decir, cualquier diferencia cualitativa “el resultado es una atrofia de los órganos mentales adecuados para comprender las contradicciones y las alternativas y, en la única dimensión permanente de la racionalidad tecnológica, la conciencia feliz llega a prevalecer”. (Marcuse, 1993, p.44)

Los que hacen la política y sus proveedores de información de masa promueven sistemáticamente el pensamiento unidimensional. Su universo del discurso está poblado de hipótesis que se auto-validan y que, repetidas de manera incesante se tornan en definiciones hipnóticas o dictados.

Por ello Marcuse critica la homogeneización y estandarización de los miembros de la colectividad que, una vez instalados en dicho punto, se vuelven unidimensionales, donde el desarrollo de la civilización y sus principios tecnológicos truncan el desarrollo del sujeto, de su calidad de vida e intelecto.

La consecuencia de esta dinámica dice el autor, es un ser humano sujeto a principios represivos que se instalan a niveles inconscientes, llevándolo a conducirse de forma irreflexiva y condenándolo a la reproducción automática de su propia represión, en un sistema social que construye su “progreso” por

medio de la esclavitud, la cosificación y la deshumanización en beneficio de la producción y consumo en masa.

Los mecanismos que sustentan la organización social pasan a ser los mismos que sustentan al hombre unidimensional y lo mantienen en una condición enajenada; a pesar de ello Marcuse considera posible una transformación al tomar en cuenta dos factores: primero, que la realidad histórica es contingente, es decir, no está conformada de manera per se y por ende es cambiante, al tiempo que contiene las condiciones materiales que permitirían tal renovación; y segundo, estima que la represión no elimina las facultades relacionadas con la sensibilidad por lo que se encuentran latentes en el sujeto, mismas que considera se deben rescatar de la subordinación de la razón, siendo éste el primer paso hacia una existencia donde el desarrollo social no sea contrario al de sus integrantes.

Esta postura apunta a retomar la dimensión estética como herramienta para el rescate de las facultades relacionadas con la sensibilidad en el afán de afrontar la estructura unidimensional. Esta es la cuestión que se abordará en el presente trabajo, la dimensión estética como el dispositivo que daría una alternativa para la transformación del hombre unidimensional, dado que la propuesta marcusiana vislumbra desde ahí la formación de características propias de un hombre libre, de la mano de los conceptos que impulsarían la construcción de una sociedad que no se base en el dominio ni la represión: una nueva antropología.

Cabe mencionar que Marcuse hace referencia constante al término de sociedad y al de civilización, a pesar de que a grandes rasgos con ambos conceptos se expresa una organización en la cual los individuos se integran a una colectividad que se rige por parámetros científicos, políticos, económicos, culturales, históricos, etc., que conforman la base donde se establece el sistema capitalista mediado por la producción y el consumo, existe una diferencia entre ambos la sociedad como tal hace referencia al entramado conformado de individuos y civilización como el establecimiento de dicha

sociedad en un sistema, como ejemplo, el siguiente párrafo donde menciona a ambos.

“La civilización industrial contemporánea demuestra que ha llegado a una etapa en la que ‘la sociedad libre’ no se puede ya definir adecuadamente en los términos tradicionales de libertades económicas, políticas e intelectuales, no porque estas libertades se hayan vuelto insignificantes, sino porque son demasiado significativas para ser confinadas dentro de las formas tradicionales. Se necesitan nuevos modos de realización que correspondan a las nuevas capacidades de la sociedad”. (Marcuse, 1993, p.32)

# **CAPITULO II CONCEPTUALIZACIÓN DE SOCIEDAD E INDIVIDUO UNIDIMENSIONAL EN LA OBRA DE HERBERT MARCUSE**

## **2.1 El hombre social unidimensional**

El aparato productivo, y los bienes y servicios que produce, 'venden' o imponen el sistema social como un todo. Los medios de transporte y comunicación de masas, los bienes de vivienda, alimentación y vestuario, el irresistible rendimiento de la industria de las diversiones y de la información, llevan consigo hábitos y actitudes prescritas, ciertas reacciones emocionales e intelectuales que vinculan de forma más o menos agradable los consumidores a los productos y, a través de éstos, a la totalidad. Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierte en modo de vida. Es un buen modo de vida –mucho mejor que antes-, y en cuanto tal se opone al cambio cualitativo. Así surge el modelo de pensamiento y conducta unidimensional en el que ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo (Marcuse, 1993: 42).

El concepto de hombre en Marcuse va de la mano con la concepción freudiana que denuncia a un sujeto restringido en todos los niveles de su existencia, restricción que se presenta como parte indiscutible del progreso de una sociedad, este individuo implica un sujeto que transforma su naturaleza, instintos, aspiraciones y valores, por modelos ajenos a él. “El animal hombre llega a ser un ser humano solo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo las aspiraciones instintivas, sino también los valores instintivos –esto es, los principios que gobiernan la realización de estas aspiraciones” (Marcuse, 2010: 28).

Habría que aclarar el fenómeno de la formación de las masas desde el propio



Freud, quien asegura que es aquí donde se pierde la delimitación del individuo, por medio del contagio de la irreflexión, que permite la integración y la sensación de poder que se tiene en medio de la multitud, disminuyendo, con ello, la conciencia de responsabilidad.

El fenómeno más singular y al mismo tiempo más importante de la formación de las masas consiste en la exaltación o intensificación de la emotividad en los individuos que la integran (...) Entonces el individuo llega a ser incapaz de mantener una actitud crítica y se deja invadir por la misma emoción (...) la intensificación de la afectividad crea, en general, condiciones desfavorables para el trabajo intelectual; en segundo lugar, porque los individuos intimidados por la multitud ven coartado dicho trabajo y, en tercero, porque en cada uno de los individuos integrados en la masa queda disminuida la conciencia de la responsabilidad. (Freud, 200: p.p. 22-23)

Para complementar los componentes psíquicos que hacen susceptible al sujeto a la adhesión social, Marcuse agrega el establecimiento de la “culpa” que se desarrolla en el Súper-Ego, factor que representa la instauración de la moral social en contraposición con los impulsos naturales instintivos.

A través de las diversas etapas de la teoría de Freud, el aparato mental aparece como una unión dinámica de opuestos de las estructuras del inconsciente y el consciente; de procesos primarios y secundarios; de fuerzas heredadas, constitucionalmente fijas y adquiridas; de somapsique y la realidad externa. Esta construcción dualista prevalece incluso en la posterior topología tripartita de id, ego y súper-ego; los elementos intermediarios y envolventes tienden hacia los dos polos. Encuentra su expresión más evidente en los dos principios últimos que gobiernan el aparato mental: el principio del placer y el principio de realidad. (Marcuse, 2010: 36)

Estas características sirven de cimiento al hombre unidimensional el cual responde a una racionalidad externa, aún cuando cuenta con las capacidades de atención, memoria y juicio; pero, a pesar de encontrarse en las filas de la estandarización del pensamiento, Marcuse afirma que siempre se escapa la *Fantasía*, la cual funcionará en su entramado teórico como una de las herramientas principales para la transformación de este hombre unidimensional.

Llega a ser un sujeto pensante consciente, engranado a una racionalidad que le es impuesta desde afuera. Sólo una forma de actividad de

pensamiento es dejada afuera de la nueva organización del aparato mental y permanece libre del mando del principio de la realidad: la fantasía está protegida de las alteraciones culturales y permanece ligada al principio del placer. (Marcuse, 2010: 29)

Por ello, el hombre unidimensional está extraviado entre la colectividad. Para entender esto de mejor manera habría que resolver lo siguiente: ¿qué tipo de individuo se entrega a un sistema que lo enajena para trabajar y alimentar a una sociedad que lo reprime? La respuesta apunta a la persona marcuseana que no vive para sí, es decir, que se entrega a funciones preestablecidas, adquiriendo un trabajo que se transforma en una actividad que pierde sentido para quien lo efectúa, ya que no está enfocado en satisfacer ninguna de sus necesidades ni facultades, volviéndolo ajeno y anulando su conciencia reflexiva: “que ocupa la mayor parte del tiempo de vida individual, es un tiempo doloroso, porque el trabajo enajenado es la ausencia de gratificación, la negación del principio del placer” (Marcuse, 2010: 53)

En su texto *Eros y Civilización* (1955) Marcuse afirma que la conexión del sujeto con la sociedad se consolida con la represión de los instintos, colocando en su lugar la promesa de una vida mejor y creando una equivalencia entre el progreso y la falta de libertad.

Con esto, la sociedad se encarga de anular las posibilidades de un cambio, suprimiendo del sujeto una conciencia reflexiva y descartando la voluntad que pugnaría por una realidad diferente. El carácter unidimensional del individuo se valida desde la colectividad, instaurando lo colectivo como propio, afianzando lo social en virtud de la anulación del sujeto, resultado de la aplicación de las herramientas que el sistema usa para la dominación, formando una racionalidad específica que determina el flujo de la existencia de sus miembros, teniendo un individuo que se adhiere a los estándares de la sociedad al tiempo que los alimenta; la racionalidad tecnológica y el aparato técnico despojan al sujeto de voluntad generándoles de manera a priori sus necesidades.

¿Cómo llegó a constituirse esta racionalidad tecnológica en sistema de dominio? En primer lugar, en las sociedades industriales avanzadas han quedado integradas todas las dimensiones de la existencia. El individuo ha

sido anulado por la sociedad, del mismo modo que la posibilidad de un cambio cualitativo que originara nuevas formas de existencia más humanas. La sociedad unidimensional ha integrado los opuestos, ha eliminado toda oposición alistándola en sus filas convenciéndola de que su único interés ha de ser la preservación del status quo, el aumento de la capacidad de consumo. En esta sociedad el aparato técnico determina a priori sus productos tanto como las necesidades sociales e individuales. (López Sáenz, 1988: 82)

El hombre que responde a este sistema tiene como meta principal el consumo, no da cuenta de su propia condición debido a que reacciona a la constante contradicción de la sociedad la cual; se presenta como la cúspide de la racionalidad donde Marcuse encuentra lo irracional. El punto donde el sujeto se vuelve completamente irreflexivo en su camino a la integración social.

La servidumbre y entrega voluntaria de la libertad dejan a un hombre alienado incapaz de reconocer estas pérdidas, inserto en una dominación que defiende como libertad movido por su falsa conciencia “Tanto en Marcuse como en Marx, la alienación significa pérdida de las dimensiones creadoras del hombre y por consiguiente, pérdida de la libertad” (López Sáenz, 1989: 83)

El hombre unidimensional es aquél que oscila entre la represión de la sociedad industrial avanzada y las herramientas para liberarse de las fuerzas y tendencias de dicha sociedad. Por otro lado, el autor caracteriza a este hombre con la posibilidad de lograr “la libertad interior”, que se refiere a aquello que designa “el espacio privado en el cual el hombre puede convertirse en sí mismo y seguir siendo él mismo” (Marcuse, 2011:49).

El principal problema es que se opone a todo cambio, es conservador, imitativo, sin rasgos propios, inauténtico, anti-utópico. Su característica principal es la pasividad que se gesta en la falsa conciencia y en no poder distinguirla de una verdadera. Su meta es la adaptación, la mimesis. Acata lo irracional como racional; la mecanización. Adopta una segunda naturaleza bajo el dominio de instintos pre-estructurados, se aleja de su imagen impedido así de identificar las potencialidades liberadoras que posee.

Estas potencialidades liberadoras abrirían la puerta hacia un segundo

camino que vislumbra la liberación, bloqueado por los sistemas de información de masas promueven el pensamiento unidimensional de forma sistemática: “Su universo del discurso (de los proveedores de información de masas) está poblado de hipótesis que se auto validan y que, repetidas, incesante y monopolísticamente, se tornan por definición hipnóticas o dictados. (Marcuse, 2011: 52)

Este método de auto-validación de las masas se ha establecido satisfactoriamente, implementando mecanismos de enajenación rumbo a la automatización “que parece ser en realidad el gran catalizador de la sociedad industrial avanzada” (Marcuse, 2011: 49). Se cercena al sujeto al ser absorbido por la realidad tecnológica la cual, se convierte en una realidad paralela a su vida cotidiana, provocando adaptación y mimesis “una inmediata identificación del individuo con su sociedad y, a través de ésta, con la sociedad como un todo” (Marcuse, *id.*). El resultado es una persona que desarrolla una identificación automática con las leyes de la sociedad, las cuales le fueron impuestas y, por ende, no tiene ningún tipo de control sobre éstas.

El grado de realidad que está detrás de la individualidad depende de la dimensión, la forma y la efectividad de los controles represivos prevalecientes en el estado respectivo de la civilización. La personalidad autónoma, en el sentido de la unicidad creadora y la plenitud de su existencia, ha sido siempre privilegio de unos cuantos (Marcuse, 2010: 216)

La cuestión es que el individuo se establece voluntariamente en esta sociedad represiva y para explicar la dinámica de este proceso, Marcuse se remite al aparato inconsciente freudiano, dimensión que permite al sujeto instalarse en este tipo de sociedad.

Es importante tener presente que el esquema de Freud desglosa la mente en “Ello, Yo y Súper yo”, teniendo en el Ello la condición instintiva e inconsciente del sujeto, en el yo a la conciencia, y el súper yo o Súper-ego a la conciencia moral, estructura que se manifiesta en los actos de los individuos permanentemente, ya sea de forma consciente o inconsciente, considerado como el aparato mental represivo; es así que con la instauración del Súper-ego concluye la adaptación del individuo a la civilización.

El Súper-ego se afirma como el poderoso representante de la moral establecida (...) Ahora, las restricciones externas que, primero los padres y luego otros cuerpos sociales, han impuesto sobre el individuo, son introyectadas en el ego y llegan a ser <conciencia>: de ahí en adelante, el sentido de culpa –la necesidad de ser castigado genera por las transgresiones o por el deseo de transgredir estas restricciones- atraviesa la vida mental. (...) sin embargo, las representaciones llegan a ser pronto inconsciente, automáticas, así que una gran parte del sentido de culpa permanece inconsciente (Marcuse, 2010: 43)

En este sentido se encuentra la represión de los instintos. Para entender esta parte hay que abordar la postura de Freud sobre el principio de placer y el de realidad que se encuentran en contante pugna: por un lado, el principio de placer busca satisfacer sus necesidades; mientras que el de realidad lo confronta a favor de la convivencia social, dejando al individuo insatisfecho, dedicado a actividades que no responden a sus propias facultades y deseos. Esta imposición del orden social en el sujeto culmina en la transformación del principio de placer al principio de realidad que se va solidificando desde la infancia con los mandatos y prohibiciones de los padres, lo cual es explicado por Marcuse de la siguiente forma:

La familia monogámica, con las estrictas obligaciones que implica para el padre, restringe su monopolio del placer; la institución de la propiedad privada hereditaria, y la universalización del trabajo, le dan al hijo una justificada expectación por su propio placer, sancionado de acuerdo con sus realizaciones socialmente útiles. (Marcuse, 2010: 76)

El individuo unidimensional es entonces un producto de la represión impuesta a la estructura instintiva del ello, generando una tensión entre naturaleza y civilización, que va creando un sentimiento de culpa automático e inconsciente, sembrando en cada individuo un impulso de auto-castigo. El papel que juega la culpa es de tal importancia, que Freud lo ve como decisivo para el desarrollo de la civilización, estableciendo “una correlación entre el progreso y el aumento del sentido de culpa” (Marcuse, 2010: 79).

Lo importante de la teoría freudiana para la obra de Marcuse es que critica el modelo de las sociedades capitalistas y, aunque para Freud una civilización no represiva es imposible, dentro de sus planteamientos sobre el inconsciente le

otorga al hombre unidimensional elementos para romper con el contenido represivo de los valores y logros de la civilización, que Marcuse identificó y uso para su postura.

Es por ello que desde este punto se puede identificar que en cada sujeto, inmerso en el conglomerado se encuentran, de manera potencial, las herramientas para su liberación y la formación de una sociedad diferente (lo cual, anteriormente al describirlo como enajenado volvía complicado imaginar una salida a dicha condición): “la metapsicología de Freud, llega a estar cara a cara con la fatal dialéctica de la civilización: el mismo progreso de la civilización lleva a la liberación de fuerzas destructivas cada vez más potentes” (Marcuse, 2011: 59)

De la mano con este factor, Marcuse considera que la sustancia concreta de la libertad se encuentra en la independencia de las necesidades; ya que éstas se pierden durante la introducción del individuo en la sociedad para satisfacer sus falsas necesidades a cambio de privarse de independencia, pensamiento, autonomía y oposición. En efecto, tal sociedad “puede exigir justamente la aceptación de sus principios e instituciones, y reducir la oposición a la mera promoción y debate de políticas alternativas dentro del statu quo” (Marcuse, 2011: 42).

El factor que sostiene la existencia de las falsas necesidades es la relación que guardan con su satisfacción, ya que su objetividad es histórica, por ello el juicio de las necesidades y su satisfacción responden a las normas dadas en ciertas condiciones establecidas.

Es importante clarificar lo qué son y cómo se generan estas falsas necesidades en los sujetos sociales, ya que éstas conforman al sujeto unidimensional. Lo primero que plantea Marcuse es que la intensidad y satisfacción de dichas necesidades son pre-condicionados y determinados por el momento histórico.

Es así que las falsas necesidades son impuestas al individuo por intereses sociales con fines represivos y su función es meramente social; están determinadas por poderes externos en los cuales el sujeto no posee control alguno; “el desarrollo y la

satisfacción de estas necesidades es heterónomo” (Marcuse, 2011: 44), y dice que éstas son aceptadas por ignorancia y derrotismo: “El predominio de las necesidades represivas es un hecho cumplido, aceptado por ignorancia y por derrotismo, pero es un hecho que debe ser eliminado tanto en interés del individuo feliz, como de todos aquellos cuya miseria es el precio de su satisfacción” (Marcuse, 2010: 44)

Para Marcuse las necesidades vitales son indispensables e inamovibles, como el alimento y vestido; posteriormente se establecen otras que no son inherentes. El reconocimiento y generación de medios para satisfacer las necesidades verdaderas es una empresa personal que implica reflexión, que permita contrarrestar la imposición de agentes exteriores, como los siguientes:

- -Un trabajo embrutecedor.
- -Modos de descanso que alivian y prolongan ese embrutecimiento.
- -Libertades engañosas como la libre elección y competencia.
- -Prensa libre que se autocensura.

El conflicto se percibe, ya que si la búsqueda de las necesidades verdaderas queda en manos de la genuina decisión del sujeto, una vez que éste se ve inmerso en el adoctrinamiento y la falta de autonomía, la elección no podrá ser considerada propia de ellos, en qué punto o de qué manera puede un hombre que vive bajo los efectos de la dominación ejercida por el sistema social al que corresponde crear las condiciones adecuadas para liberarse, parece complicado que esta posibilidad exista en el propio hombre unidimensional.

La dificultad para distinguir entre ambas necesidades se debe al problema de identificar cuál es una reflexión genuina y cuál es impuesta, lo cual Marcuse lo plantea de la siguiente manera: “Es verdad que en las áreas más altamente desarrolladas de la sociedad contemporánea la mutación de necesidades sociales en necesidades individuales es tan efectiva que la diferencia entre ellas parece

puramente teórico” (Marcuse, 2010, p. 47), pero dicha distinción resulta complicada considerando que el modelo de la sociedad funciona a la perfección logrado que las personas se reconozca en sus mercancías “encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina”. (Marcuse, 2010, p. 47),

Lo anterior no es fortuito, sino resultado del proceso de civilización, la modificación de las necesidades orgánicas gracias al principio de realidad, sustituyendo las necesidades de los instintos propios del “Ello” por las necesidades que tienen una base material, las cuales “son derivaciones lógicas de las posibilidades técnicas, materiales e intelectuales de la sociedad industrial avanzada” (Marcuse, 2010: 47). Es por ello que para Marcuse existe un conflicto constante entre necesidades-satisfacciones, tensión producida por los estándares socialmente aceptados, que oscurecen a las necesidades-satisfacciones genuinamente individuales.

El problema es que las necesidades materiales y culturales son satisfechas como respuesta a los intereses de los poderes que los implementan. Desde esta perspectiva, los individuos se aferran a un sistema que los aleja de sus deseos genuinos y adoptan necesidades colectivas que se satisfacen cumpliendo los estándares de la misma sociedad que implementa dichas necesidades: ¿por qué necesitamos la liberación?, ¿cómo responder y satisfacer las necesidades orgánicas y biológicas en lugar de los valores superpuestos?

Los hombres no viven sus propias vidas, sino que realizan funciones preestablecidas. Mientras trabajan no satisfacen sus propias necesidades y facultades, sino que trabajan enajenados. Ahora el trabajo ha llegado a ser general y, por tanto, tiene las restricciones impuestas sobre la libido: el tiempo de vida individual, es un tiempo doloroso, porque el trabajo enajenado es la ausencia de gratificación, la negación de principio de placer (Marcuse, 2010: 53).

Para satisfacer las necesidades materiales (falsas), el trabajo como una acción racional con respecto a fines es fundamental, el cual se vuelve una acción instrumental orientada por reglas técnicas empíricas, donde el sujeto se vuelve objeto de acción para lograr metas que responden a las necesidades de otros; el



trabajo es pues uno de los medios que sirven para suplantar las necesidades verdaderas por las falsas.

Ante ello, Marcuse da cuenta de que el trabajo en el sistema capitalista no responde a un impulso libidinal, dándole al trabajo un tono psicológico permeado por la sublimación, es decir, que se toman los impulsos instintivos y se transforman en conductas aceptadas socialmente. Para contrastar con el trabajo represivo no placentero, Marcuse habla de un trabajo que ofrece satisfacción y es agradable en su realización, aunque este modelo es el menos común para las masas.

Y el trabajo artístico, cuando es genuino, parece salir de una constelación instintiva no reprimida y envolver aspiraciones no represivas (...) Freud observa que el trabajo diario de ganarse la vida ofrece una particular satisfacción cuando a sido seleccionado libremente (Marcuse, 2010: 84)

A esto, agrega un factor predominante en el esquema de trabajo del sistema capitalista: la técnica, la cual viene de la mano con la racionalidad tecnológica, dejando de lado la satisfacción de las necesidades de los individuos y estableciendo un modelo mental enfocado en la actuación productiva.

Para el filósofo alemán, este esquema, donde las mayorías trabajan no para satisfacer sus necesidades genuinas sino para sostener las necesidades de diversos grupos sociales, ha dado como resultado un hombre empobrecido, que acepta los términos de su condena, pero aun cuando parece que toma decisiones y hace uso de su voluntad, el sentimiento de inconformidad e infelicidad siempre están presentes, “un círculo de guerra cada vez más amplio, ubicuas persecuciones, antisemitismo, fanatismo (...), enfermedad y miseria en medio del crecimiento, del bienestar y el conocimiento,” (Marcuse, 2010: 79), instaurándose una constante contradicción a nivel psíquico puesto que:

La multitud de procesos somáticos, mentales y sociales que se produjeron como resultado de este logro (la civilización) son prácticamente idénticos al contenido de la psicología de Freud. La fuerza, la identificación, la represión, la represión, la sublimación cooperan en la formación del ego y el superego (Marcuse, 2010: 79).

Para llegar a ese punto es necesario desarrollar la necesidad de libertad, por ello

la modificación de las necesidades, ya que éstas crean un puente directo entre la sociedad y el individuo. El individuo, movido por las pulsiones y deseos, tiende a responder ante la satisfacción de sus necesidades; mientras que la sociedad, al no funcionar por no satisfacer las genuinas necesidades del sujeto crea nuevas necesidades al tiempo que genera los modelos de satisfacción a cambio de mantener al individuo enajenado:

Una sociedad que parece cada día, más capaz de satisfacer las necesidades de los individuos por medio de la forma en que está organizada, priva a la independencia de pensamiento, a la autonomía y al derecho de oposición política de su función crítica básica (Marcuse, 1969: 23)

La satisfacción de las necesidades, a diferencia del placer (por ejemplo), se caracteriza por el impulso de saciar dicha necesidad de los instintos de manera inmediata, estimulando con ello una adicción a las satisfacciones.

Al buscar una salida a esto, Marcuse apela a la dialéctica de la liberación como herramienta para abolir este sistema de servidumbre. Un compromiso vital de lucha por los valores que lleven a una existencia humana libre, así como la implementación de una educación en un sentido nuevo, abrir camino a la convivencia entre la técnica y el arte, trabajo y ocio, necesidad y libertad. ¿Cómo? Entre sus propuestas se encuentra abandonar lo estipulado por las relaciones lucrativas, impulsar la fuerza de transformación alojada en la percepción, la sensibilidad, la imaginación creadora y la acción, para contrarrestar la creciente tendencia de satisfacer las necesidades, por medio de un sistema autoritario.

El valor de las facultades y la conciencia liberada son primordiales en este camino; por ello, la restauración de éstas depende de la facultad estética del hombre, ya que ésta es capaz de formar senderos alternos a partir de la propia imaginación, la cual se encuentra libre de las determinaciones sociales. Marcuse indaga en este hombre unidimensional buscando una imaginación estética creadora, como puente al desarrollo genuino, tanto del intelecto como de las necesidades individuales.

Para llegar a este punto el filósofo analiza la estructura del hombre unidimensional para identificar y rescatar las singularidades de un sujeto sumergido en las masas,

donde encuentra las herramientas que le permitirían transformar su conciencia y manifestarse en contra de su misma condición. “Aunque despojado ya de todo resto de Humanismo lo sea en calidad de Sujeto automático, de fuerzas de naturaleza impersonal que bajo el eufemismo de ‘el mercado’, tendencialmente engullen y someten a su lógica reproductiva la totalidad de los discursos” (Gandler, 2016: 97).

El triunfo de la sociedad sobre el individuo y su transformación a la unidimensionalidad radica en el momento de la introyección donde el sujeto no es capaz de rechazar los estándares del sistema de dominación sin sentir por ello que se rechaza a sí mismo, el momento en el que los propios valores y necesidades lo reprimen, reproduciéndolos y permitiendo el desarrollo de la civilización de dominación: “Triunfo y final de la introyección: la etapa en la que la gente no puede rechazar el sistema de dominación sin rechazarse a sí mismo, a sus propios valores y necesidades instintivos que los reprimen” (Marcuse, 1969: 25)

Este nivel de adaptación del individuo unidimensional es justamente lo que permite y perpetúa los controles sociales sobre la conducta y la satisfacción. “Es precisamente esta excesiva adaptabilidad del organismo humano la que impele la perpetuación y extensión de la condición de mercancía y, con ello, la perpetuación y extensión de los controles sociales sobre la conducta y la satisfacción” (Marcuse, 1969: 25)

Por ello, se plantea que la subversión representa el inicio del cambio en la conciencia del individuo unidimensional, cuestionar y analizar los intereses prevalecientes en las mayorías, para así no adoptarlas de manera automática sin que representen o se relacionen de ninguna manera con los intereses o necesidades propias. “Tendríamos que concluir que liberación significaría subversión contra los intereses prevalecientes de la gran mayoría de la gente” (Marcuse, 1969: 25)

Para llevar a cabo esta subversión se deben tener presentes las características ya expuestas del hombre unidimensional, ya que dejan ver porque este sujeto representa el estándar y reflejo de su propia sociedad, dada la apropiación que ha

realizado de su contexto y de la asimilación del entramado conceptual y moral que da valor a sus acciones, relaciones, adquisiciones y producciones; muchas veces ajenas a sus intereses, deseos y necesidades.

Marcuse tiene presente que este hombre unidimensional fue invadido en todos los niveles de su existencia individual, la cual se debe rescatarse tomando el camino que el autor propone emprender para su liberación; por ello, el valor que le da a dar con las raíces de la sociedad es primordial, ya que, implica dar con los propios individuos que la integran y que reproducen la represión a la que son expuestos.

El énfasis en esta nueva dimensión no implica sustituir a la Política por la Psicología, sino lo opuesto. Significa, en fin, considerar el hecho de que la sociedad invadió hasta las más profundas raíces de la existencia individual, hasta el mismo inconsciente del hombre. Nosotros debemos alcanzar las raíces de la sociedad en sus propios individuos, en los individuos que debido al planteamiento social reproducen constantemente la continuidad de la represión, incluso a través de las grandes revoluciones. (Marcuse, 2011: 36)

Teniendo presente lo que Marcuse quiere exponer cuando habla del hombre unidimensional explicaré las características y pormenores de lo que le representa una sociedad unidimensional, especificando por qué se consolida por medio de la represión de los instintos de los sujetos, así como de su enajenación; de acuerdo con ello, en el siguiente capítulo se observará que este tipo de sociedad impone hábitos, actitudes y reacciones tanto emocionales como intelectuales por medio de la racionalidad tecnológica predominante, manifiesta en el aparato de producción, bienes y servicios; es decir, transporte, comunicaciones, viviendas, vestuario, industria de entretenimiento y diversión, de donde se genera la constante relación entre consumidor y productor, y conforme los productos son más accesibles a los individuos sin importar la clase social se establece un adoctrinamiento a dicho consumidor, dejando al producto como una parte de su vida, del día a día; el cual gana terreno y se va apoderando del sujeto, se va volviendo una totalidad, un modo de vida.

## **2.2 Sociedad unidimensional**

El contexto que envuelve al hombre unidimensional es un sistema económico

capitalista que niega completamente al sujeto, pone en su lugar a la colectividad, lo colocan sobre un sistema de producción y consumo desenfrenado que gira en torno al capital y a la centralización del poder político, manteniendo al “capital humano” dentro de la racionalidad instrumental.

Los individuos se vuelven participes y funcionan de acuerdo con los parámetros que maneja la propia sociedad capitalista, sociedad donde existe una concentración de poderes político y económico, la tendencia al aumento de la automatización, privatización de los medios de producción, donde tanto la moral como las necesidades materiales y culturales de los individuos responden y son satisfechas de acuerdo con las exigencias de los intereses del propio sistema y de los poderes que lo controlan; una sociedad que responde sin problema al despilfarro y a la destrucción en contra posición de grandes cantidades de pobreza en la población, como refiere Marcuse:

Antes de continuar, permítaseme dar una breve definición de lo que entiendo por sociedad opulenta. (...) Es una sociedad capitalista con una elevada concentración de poder político y económico; con un sector ampliado y que se sigue ampliando de automatización y coordinación de la producción, de la distribución y de la comunicación; con propiedad privada de los medios de producción y que, sin embargo, depende de manera creciente de una intervención cada vez más activa y amplia del gobierno. Es una sociedad en la cual, como he dicho, las necesidades tanto materiales como culturales de la población de base son satisfechas a una escala jamás vista, pero de acuerdo con las exigencias y los intereses del aparato y de los poderes que lo controlan. Y es una sociedad que crece a condición de acelerar el despilfarro, el desgaste planificado y la destrucción, mientras que las capas inferiores de la población continúan viviendo en la pobreza y en la miseria. (Marcuse, 1970: 101)

Para Marcuse, la sociedad unidimensional representa una civilización que basa su desarrollo en la represión, misma que empieza, con la inhibición metódica de los instintos primarios. La describe como “obscena” y la llama de tal modo dadas las contradicciones que la sustentan y determinan la existencia de sus miembros, por ejemplo, la considera una organización que se funda en la producción y en la promoción de una vida de abundancia al tiempo que priva a ciertos sectores de la misma, por la falsedad de sus dirigentes y el despilfarro de sus producciones.

Esta sociedad es obscena en cuanto produce y expone indecentemente una sofocante abundancia de bienes mientras priva a sus víctimas en el extranjero de las necesidades de la vida; obscena al hartarse a sí misma y a sus basureros mientras envenena y quema las escasas materias alimenticias en los escenarios de su agresión; obscena en las palabras y sonrisas de sus políticos y sus bufones; en sus oraciones, en su ignorancia, y en la sabiduría de sus intelectuales a sueldo. (Marcuse, 1969: 15)

Para la sociedad a la cual está dirigida la crítica, el sujeto descrito en el apartado anterior adquiere valor una vez que se ha incorporado al sistema donde hay “un proceso instintivo en el que los objetivos humanos de dominación reproducen su propia represión (...) Las libertades y las gratificaciones actuales están ligadas a los requerimientos de la dominación” (Marcuse, 2010: 89).

La sociedad unidimensional sustentada por la tecnología, técnica y razón instrumental representa un nuevo totalitarismo, siendo un sistema que responde y se mueve gracias al aparato técnico de producción y distribución, determinante en la imposición de ocupaciones, aptitudes, actitudes sociales, así como de las necesidades y aspiraciones individuales.

El análisis está centrado en la sociedad industrial avanzada, en la que el aparato técnico de producción y distribución (con un sector cada vez mayor de automatización), funciona no como la suma total de meros instrumentos que pueden ser aislados de sus efectos sociales y políticos, sino más bien como un sistema que determina a priori el producto del aparato, tanto como las operaciones realizadas para servirlo y extenderlo. En esta sociedad, el aparato productivo tiende a hacerse totalitario en la medida en que determina, no solo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales. (Marcuse, 2010: 36)

Una vez que implementa a sus miembros una segunda naturaleza culmina su dominio, reestructurando sus instintos y necesidades, se consolida mediante la racionalidad instrumental y el principio de rendimiento que vuelve a los sujetos un escalón en su modelo de producción, distribución y consumo. El principio de rendimiento separa el deseo de la realidad.

Esta sociedad coarta las libertades y necesidades básicas (biológicas) de los individuos al imponer sus requerimientos económicos y políticos sobre el tiempo

libre y de trabajo, según su base y organización tecnológica, por medio de la manipulación de las necesidades y creando otras de carácter falso, generando así un totalitarismo de producción y distribución.

La producción y consumo se vuelven necesidades impuestas al individuo por controles sociales, menciona que esta característica es común a una sociedad opulenta, la cual tiene la particularidad de disfrazar la dominación, ya que implica un modo de confort que se opone a toda oposición, pues “la dominación -disfrazada de opulencia y libertad- se extiende a todas las esferas de la existencia pública y privada, integra toda oposición auténtica, absorbe todas las alternativas” (Marcuse, 2010, p. 55).

El rasgo distintivo de la sociedad industrial avanzada es la sofocación efectiva de aquellas necesidades que requieren ser liberadas –liberadas también de aquello que es tolerable, ventajoso, y cómodo- mientras que sostiene y absuelve el poder destructivo y la función represiva de la sociedad opulenta. Aquí los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el despilfarro (Marcuse, 2010: 46).

Este tipo de sociedad impone hábitos, actitudes y reacciones, tanto emocionales como intelectuales, por medio de la racionalidad tecnológica predominante manifiesta en el aparato de producción, bienes y servicios, es decir transporte, comunicaciones, viviendas, vestuario, industria de entretenimiento y diversión, de donde se genera la constante relación entre consumidor y productor; de modo que “los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad” (Marcuse, 2010: 50); conforme los productos son más accesibles a los individuos sin importar la clase social, se establece un adoctrinamiento a dicho consumidor, dejando al producto como una parte de su vida, del día a día; el cual gana terreno y se va apoderando del sujeto, se va volviendo una totalidad, un modo de vida.

El problema que esta condición social representa es el atrofiamiento, tanto anímico como cognitivo del sujeto: una sociedad conformada por miembros inconformes a los cuales les mutila sus facultades creativas, preservando de esa forma un pensamiento utilitarista y destructivo, que sustituye el desarrollo de sus

capacidades estéticas por la violencia y la insatisfacción.

Este sistema genera las condiciones necesarias que impiden un cambio cuantitativo, abriendo el camino hacia “el modelo de pensamiento y conducta unidimensional”, es decir unilateral; donde se impone, desde factores externos a todos los individuos que conforman la sociedad, modelos de conducta y pensamiento uniforme. La sociedad en su totalidad se maneja desde este punto de vista como irracional, siempre con la posibilidad latente de acceder a la verdadera conciencia que implica el reconocimiento de los intereses genuinos, movidos por la necesidad de cambiar la vida actual.

La distinción entre conciencia falsa y verdadera, interés real e inmediato, todavía está lleno de sentido. Pero esta distinción misma ha de ser validada. Los hombres deben llegar a verla y encontrar su camino desde la falsa hacia la verdadera conciencia, desde su interés inmediato al real. Pero sólo pueden hacerlo si experimentan la necesidad de cambiar su forma de vida, de negar lo positivo, de rechazar. (Marcuse, 2010: 35)

La sociedad unidimensional subsiste a costa de las masas que mantienen su funcionamiento voluntariamente, dado que genera e impone necesidades al tiempo que crea los medios para satisfacerlas, control que se sirve del desarrollo tecnológico que se presenta como la encarnación de la razón en un supuesto beneficio de la sociedad como totalidad, al grado que cualquier contradicción de dicha imposición se presenta incluso como un sin sentido. “Nos enfrentamos con una situación nueva en la historia porque hoy tenemos que liberarnos de una sociedad que funciona relativamente bien, que es rica y poderosa. Me refiero estrictamente a la liberación de la sociedad opulenta, es decir, de las sociedades industriales adelantadas” (Marcuse, 2011: 27).

El mejor ejemplo que Marcuse da para clarificar la idea de sociedad opulenta a la cual se entregan los individuos es Estados Unidos, sociedad a la que define como: “Capitalista con elevada concentración de poder económico y político; dotada de un enorme sector de automatización y coordinación en la producción, distribución y comunicación en escala creciente: y con propiedad privada de los medios de producción que, todavía, depende cada vez más de la intervención siempre más



activa y amplia del Gobierno” (Marcuse, 2011: 32).

Esta sociedad, como la muestra Marcuse, responde a lo planteado anteriormente: su subsistencia depende de la opresión de las masas, las cuales, adaptadas a un sistema rapaz, competitivo y desigual, se vuelven ajenas a sus propias necesidades, deseos e instintos, adquiriendo otros presentes solo en la colectividad.

La realidad de esta sociedad es histórica y contingente, donde existe una fe hacia la ciencia y la técnica, es decir la racionalidad instrumentalizada conforma la estructura de este tipo de sociedades. La violencia, aunque presente de forma desenfrenada, no es el único recurso para la dominación, también se sirve de la alienación, la cual se ha interiorizado en múltiples “libertades”. Su finalidad es lograr una mimesis inmediata del sujeto a lo colectivo, una estandarización voluntaria de sus miembros, equiparando lo real con lo racional dejando cualquier otra dimensión del sujeto excluida, por ejemplo, la transformación de la cultura a la cual, se cambia su valor de verdad por su valor de cambio y por ende toda la relación que el sujeto tiene con este tipo de expresión. Se armoniza el pluralismo, se permite con indiferencia verdades y obras contradictorias mientras se invalida la sustancia del arte, su extrañamiento, su fuerza antagónica y su verdad.

Como consecuencia, los juicios estéticos se pervierten y las imágenes pre-tecnológicas pierden su poder. La sociedad unidimensional culmina cuando logra dominar y reestructurar los instintos de sus miembros, creando una segunda naturaleza de la cual se beneficia.

Como pieza fundamental está la racionalidad dominante y el principio de rendimiento, los cuales han sustituido el principio de placer. La represión, de la que se sirve la sociedad unidimensional es histórica por lo tanto no es una manifestación inherente a la organización social (es decir puede cambiarse).

Se comprende de mejor manera la concepción que el autor tiene de la sociedad, el problema que demanda y hacia a dónde apunta una posible solución. En uno de sus párrafos de *Eros y Civilización*, Marcuse alude a la sociedad como:

Hemos visto que la teoría de Freud está centrada en el ciclo recurrente dominación-rebelión-dominación. Pero la segunda dominación no es simplemente una repetición de la primera; el movimiento cíclico es progreso en la dominación. A partir del padre original, a través del clan de hermanos hasta el sistema de autoridad institucional característico de la civilización madura, la dominación llega a ser más impersonal, objetiva, universal, y también cada vez más racional, efectiva, productiva. Al final, bajo el dominio del principio de actuación totalmente desarrollado, la subordinación aparece instrumentalizada por medio de la división social y el trabajo mismo (aunque la fuerza física y personal permanece como un instrumento indispensable. La sociedad surge como un sistema de actuaciones útiles, duradero y extensivo; la jerarquía de las funciones y relaciones asumen la forma de la razón objetiva; la ley y el orden están identificados con la vida de la sociedad misma. Mediante el mismo proceso, la represión también es despersonalizada: la restricción y la fragmentación del placer llegan a ser ahora una función (y un resultado natural) de la división social del trabajo (Marcuse, 2010: 87).

El hombre unidimensional muestra la transformación que tiene el sujeto hasta llegar a ser un instrumento, ante ello Marcuse advirtió que contrarrestar dicha condición requiere su consumación para evitar su “regeneración”. “No la reactivación de la personalidad reprimida y productiva, sino su abolición. La eliminación de las potencialidades humanas del mundo del trabajo (enajenado) crea las preocupaciones necesarias para la eliminación del trabajo del mundo de las potencialidades humanas” (Marcuse, 2010: 99).

Cabe destacar que la dominación del hombre y su eficacia se refleja en la irracionalidad que acompaña el desarrollo de la civilización, la cual Marcuse llama como “una amenaza no transitoria”:

Los campos de concentración, las guerras mundiales y las bombas atómicas no son una recaída en la barbarie, sino la utilización no reprimida de los logros de la ciencia moderna, la técnica y la dominación. Y la más efectiva subyugación y destrucción del hombre por el hombre se desarrolla en la cumbre de la civilización, cuando logros materiales e intelectuales de la humanidad parecen permitir la creación de un mundo verdaderamente libre (Marcuse, 2010: 22).

Marcuse intenta remover, al priorizar la sensibilidad, una de las fuentes principales de represión que sustentan a la propia sociedad y que, como él lo afirma, representa

la materialización del principio de realidad, es decir, las instituciones. “El principio de la realidad se materializa en un sistema de instituciones. Y el individuo, creciendo dentro del sistema, aprende los requerimientos del principio de realidad como los de la ley y el orden, los transmite a la siguiente generación.” (Marcuse, 2010: 30)

Al respecto el autor alemán argumenta que frente a un principio de realidad que se reforma y restablece constantemente dependiendo el momento histórico, se puede deducir que no se establece completa ni definitivamente en el sujeto. “El hecho de que el principio de realidad tiene que ser restablecido continuamente en el desarrollo del hombre indica que su triunfo sobre el principio del placer no es nunca completo y tampoco es seguro.” (Marcuse, 2010: 30)

La dinámica a la que obedece la civilización, una vez instaurada en el sujeto, se repite por medio de él generando un círculo donde la represión se reproduce a sí misma en el individuo reprimido al tiempo que por medio de dicha represión interiorizada se sostiene a los dominadores y a sus instituciones. Dado que existen diferentes modos de dominación, el principio de realidad varía también, puesto que éste se manifiesta concretamente en las instituciones, sus relaciones, leyes, valores, hacia la modificación de los instintos que van cimentando la conducta de un sujeto dominado.

Contrario a esto, la postura marcusiana apela a una sociedad que tiene en el arte y el activismo social herramientas hacia la transformación; mediante el uso del potencial creativo del arte, Marcuse propone una experiencia estética sensual, que permita reconocer las necesidades del sujeto estético mediante la integración de todas sus facultades, incluyendo la estética, la cual es enterrada debido a la falta de “utilidad” que representa para la producción de la sociedad, aunado a que representa también un riesgo para la mecanización de la conducta y de los juicios morales que imperan sobre la existencia de cada individuo, ya que, en dicha sociedad la libertad imaginativa resulta un peligro para la estandarización de las herramientas humanas de producción, y con ello se olvida al individuo, ya que, la civilización como la conocemos construyó sus bases reprimiendo el placer en una

negación de Eros. Es por ello que se apela a reafirmar la dimensión erótico-estética para lograr una reestructuración de la realidad social.

Desde este presupuesto, que separa individuo y sociedad, espacio público y espacio privado, Marcuse plantea su propuesta reconciliadora presentándola desde el punto de vista de un arte erótico. De esta manera, Marcuse asigna al arte la tarea nada fácil de reorganizar de forma polisémica la esfera pública y comunitaria. Todo esto, naturalmente, no desde los cánones impuestos por el discurso oficial, en el espacio donde actúa la institución artística, plasman nuevas fuerzas que inciden en todas las actividades humanas, productivas e improductivas. Un espacio que requiere una constante participación social de los individuos, un fuerte empeño erótico por parte de la comunidad. (...) En el fondo, Marcuse intentaba considerar otros tipos de escrituras y representaciones del mundo que apuntaran a la reorganización de la sociedad (Bentivegna, 2011: 143).

La idea de una nueva organización social, pugna de manera directa a una nueva estética, sólo posible si se genera una transformación integral del hombre unidimensional, hasta lograr una confrontación real contra los valores culturales que imperan.

El desarrollo de una nueva estética por parte de este nuevo hombre apela al rescate de todas las actividades humanas, que van desde el trabajo, el ocio, la reorganización del tiempo libre, el deporte, el deambular por las ciudades, etc., para de esa forma, lograr que Eros exprese un compromiso ético, el único que, según Marcuse puede curar la sociedad enferma y represiva. Toda mala lectura de Marcuse sobre este punto termina asignando a Eros la función inversa a la que le asigna el filósofo, es decir, reforzar aquellos estereotipos de la cultura dominante que, muy por el contrario, debería ayudar a relevar. Por esta razón, la utopía de Marcuse, que opone el erotismo a la sociedad freudianamente represiva, sólo puede expresarse a través de un ethos estético. Eros expresa así la resistencia, la tergiversación de la institución, la lucha del individuo que ha de poner a prueba los valores culturales que configuran la cultura dominante (Bentivegna, 2011: 144).

Teniendo a Eros como una potencia adormecida en los individuos sociales, el deseo se convierte en un bien de consumo, la denuncia de Marcuse muestra una manera diferente de ver a la cultura, una visión a través del arte.

Esto nos explica a grandes rasgos la relación entre el individuo y la sociedad para mostrar con ello el funcionamiento y algunas de las características que determinan

a la sociedad capitalista como tal; teniendo como resultado una sociedad capitalista jerarquizada, con un grupo hegemónico que concentra los resultados del trabajo social por medio de la privatización, sirviéndose de las instituciones tanto privadas como públicas.

Cómo es eso posible es algo cuya explicación abarcaría decenas de páginas, sin embargo, aquella explicación tiene como referencia esencial el hecho de que el capitalista es una sociedad dividida en clases, en la que una de ellas (el capitalista) se apropia de manera privada del fruto del trabajo social de la otra (los trabajadores) y que, por ello mismo, a través del conjunto de instituciones públicas o privadas que pone a su servicio es capaz de imponer despóticamente su dominio sobre el conjunto de la comunidad social (Bentivegna, 2011: 144).

Entre los problemas que implica la naturalización de este tipo de existencia y la normalización que se instaura en la comunicación que proviene de esta estructura social “Dicha modificación/subordinación capitalista del proceso social de producción de producción/reproducción, implica necesariamente la modificación/subordinación de su dimensión comunicativa” (Gandler, 2016: 80). Este proceso es el que lleva a la normalización de los códigos que la relación producción/consumo ofrece como satisfacciones. “Como resultado de todo ello podemos constatar que bajo la vida del capital todo acto o mensaje que reproduzcan o glosen en esa vida adquiere automáticamente naturalidad y legitimidad y son convertidos por la mayoría de los discursos en principios incuestionables en formas consagradas de la realidad” (Gandler, 2016: 89).

El análisis que se hará posteriormente, apunta a desenmascarar esta estructura que forma la realidad social establecida, como se mencionó en el primer capítulo, en relación con la labor de la Teoría Crítica, Marcuse da un seguimiento con el cual busca interpretar las condiciones de la organización social que apuntan en sentido contrario al desarrollo del sujeto pleno e integral, en el sentido de que proclaman “verdades” que no son pertinentes a los sujetos, siguiendo este método de la mano con la liberación y desarrollo de la imaginación estética.

El escenario que Marcuse crea para el surgimiento de una nueva sociedad tiene características específicas que responden a las necesidades y desarrollo de un

nuevo hombre, un cambio que va de la servidumbre voluntaria hacia la libertad. Tal escenario plantea en primera instancia una abolición irrefutable e indispensable de las instituciones y sus correspondientes mecanismos de represión.

La transición de la servidumbre voluntaria, tal como existe en grado elevado en la sociedad opulenta, hacia la libertad, presupone la abolición de las instituciones y mecanismo de represión. Y la abolición de las instituciones y mecanismos de represión ya dan por sobreentendida la liberación de la servidumbre, el predominio de la necesidad de liberación. (Marcuse, 2011, p.30)

Retomando los factores que describe Marcuse a lo largo de lo anteriormente expuesto, se encuentra que el hombre unidimensional representa aquel que tiene una integración completa al sistema establecido mediado por la base material de la productividad del trabajo y el nivel de vida que supone, “sobre la base material y muy sólida de la fugitiva productiva del trabajo y sobre un creciente nivel de vida, ha tenido lugar la integración de la oposición tradicional (...) una integración con el sistema establecido.” (Marcuse, 2011, p.75)

Aunado a lo anterior, se encuentra la instauración efectiva de los estándares y requerimientos del sistema al grado en que los valores, necesidades y satisfacciones permiten a la sociedad subsistir según sus demandas, modo en que el hombre unidimensional queda inmerso y disuelto en la colectividad, pérdida del individuo en pro de la perfecta integración, triunfo del establecimiento de la sociedad en todos los niveles del hombre; “el conflicto y el contraste entre las necesidades-satisfacciones socialmente requeridas y las necesidades-satisfacciones genuinamente individuales son oscurecidas, y de este modo la sociedad establecida es fondeada en las propias mentes, en los propios cuerpos, e incluso en los propios cuerpos de la mayoría de los individuos.” (Marcuse, 2011: 76)

A pesar de que, como se ha visto a lo largo del presente capítulo, la sociedad está estructurada para que el individuo quede inmerso en un círculo vicioso, Marcuse no propone un pensamiento desesperanzado, por el contrario, se sirve del análisis crítico para conocer los males que aquejan la realidad social y con ello crear una

propuesta.

Dicha propuesta se alojará en el desarrollo de las categorías vinculadas con la dimensión estética y la moral, donde Marcuse vislumbra una posibilidad de liberación dado que considera que las facultades de la sensibilidad como la imaginación (subordinadas a la razón instrumental) siguen latentes en el hombre; pero en tanto que se encuentran inmersas en el adoctrinamiento y la falta de autonomía siguen reprimidas. La cuestión sería establecer, en qué punto o de qué manera puede un hombre que vive bajo los efectos de la dominación rescatar todo lo que ha reprimido para crear las condiciones adecuadas con el fin de despojarse de su condición unidimensional. Marcuse lo plantea de la siguiente manera: “Es verdad que en las áreas más altamente desarrolladas de la sociedad contemporánea la mutación de necesidades sociales en necesidades individuales es tan efectiva que la diferencia entre ellas parece puramente teórica” (Marcuse, 2014: 47).

Pero dicha distinción se complica considerando que el modelo de la sociedad funciona a la perfección y logra que las personas se reconozcan en sus mercancías: “encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina”. (Marcuse, 2014: 48). Es por ello, que en el siguiente capítulo titulado “Estética y Liberación” ahondaré en este planteamiento.

## CAPITULO III ESTÉTICA Y LIBERACIÓN

### 3.1. Sensibilidad y reestructuración de necesidades

De acuerdo con Marcuse, la sensibilidad abona a que el sujeto se libere de la estandarización y homogenización, tal es el caso que el autor no vislumbra una realidad diferente sin que se desarrolle previamente una nueva sensibilidad, ya que de la sensibilidad se deriva de forma activa la dimensión estética; la cual permitiría una transformación de los valores y nuevas necesidades instintuales. “Esta nueva visión se halla enraizada en sí con una nueva sensibilidad, una nueva sensibilidad, que activa eso que he llamado dimensión estética en el ser humano y su universo activa la dimensión estética como catalizador del cambio social” (Marcuse, 2011: 83).

La sensibilidad para Marcuse es una facultad orgánica del sujeto, con la cual se genera un tipo de conocimiento empírico, basado en la experiencia de cada individuo, que en el mejor de los casos y teniendo la libertad de uso de dicha facultad permitiría la creación de conocimiento que no excluya al individuo. La realidad social que critica Marcuse tiene a la sensibilidad en un segundo plano, y, con ello, coartada la experiencia del hombre unidimensional; por lo que se busca transformar la sensibilidad del hombre unidimensional, aportando a liberar al sujeto de la culpa<sup>1</sup>, así como una afirmación de los instintos, hacia un nivel de vida de mayor calidad, con un tiempo de trabajo social menor que se vuelva secundario, subordinado a las necesidades del sujeto. Implica esto un cambio en la jerarquización y las prioridades, las cuales ya no responderían directamente a las producciones de la sociedad de consumo, transformando tanto lo que se produce como las formas en que se produce.

---

<sup>1</sup> Debido a que la culpa, desarrolla un sentimiento que condena al propio placer y conocimiento que proviene de la sensibilidad, dado a su carácter contradictorio en relación al Principio de Realidad establecido.



La nueva sensibilidad, que expresa la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, nutriría, en una escala social, la vital urgencia de la abolición de la injusticia y la miseria, y configuraría la ulterior evolución del nivel de vida. Los instintos de vida encontrarían expresión racional (sublimación) en el planeamiento de la distribución del tiempo de trabajo socialmente necesario dentro y entre las varias ramas de la producción, determinando así prioridades de objetivos y selecciones: no sólo lo que se debe producir, sino también la forma del producto (Marcuse, 1969: 30).

El rescate de una sensibilidad que no dependa de la colectividad, daría como resultado el desarrollo de una civilización que promoviera la libertad, tanto en sus construcciones científicas o tecnológicas como imaginativas y artísticas, dando con ello pie a un nuevo “Principio de Realidad”, donde la nueva sensibilidad y la inteligencia científica podrían trabajar de manera conjunta: “Aparecería así un nuevo Principio de Realidad, bajo el que se combinaría una nueva sensibilidad y una inteligencia científica desublimada para la creación de un ethos estético.” (Marcuse, 1969: 31)

La propuesta afirma, que la nueva sensibilidad permitiría vislumbrar una realidad donde la violencia y la moralidad social impuestas no son las aceptadas, como una negación de la moralidad y la cultura establecidas, hasta el momento en que, en su lugar se encuentre “lo sensual, lo lúdico, lo sereno y lo bello”, instaurándose en la existencia individual de cada miembro social y por ende en la estructura de la sociedad misma. Esto restablecería una realidad sin explotación ni terror, una sociedad que demande una sensibilidad receptiva, poniendo siempre en primer plano el organismo humano, tanto la mente como el cuerpo, luchando contra las determinaciones de las instituciones.

Un universo de relaciones humanas que ya no esté mediatizado por el mercado, que ya no se base en la explotación competitiva o el terror, exige una sensibilidad liberada de las satisfacciones represivas de la sociedad sin libertad; una sensibilidad receptiva de formas y modos de realidad que hasta ahora sólo han sido proyectados por la imaginación estética. Porque las necesidades estéticas tienen su propio contenido social: son los requerimientos del organismo humano, mente y cuerpo, que solicitan una dimensión de satisfacción que sólo puede crearse en la lucha contra aquellas instituciones que, por su mismo funcionamiento niegan y violan estos requerimientos. (Marcuse, 1969: 34)

El rescate de la sensibilidad atiende a la necesidad de romper con la íntima relación que se ha establecido entre lo colectivo y lo personal, lo cual ha normalizado el estrecho vínculo entre el individuo y el mercado, teniendo incluso al propio sujeto como mercancía, condición donde él y sus producciones adquieren valor; sistema homogeneizado en las masas que participan en este consenso.

La posibilidad de desarrollar una realidad diferente a ésta se vislumbra mediante el rescate de la dimensión estética, ya que se maneja en el plano de la sensibilidad y el conocimiento que de éste surge, para dar pauta a la transformación de los propios valores.

Considera que una de las metas básicas del verdadero socialismo debería ser la revalorización de la sensibilidad, ya que esto presupone una transmutación de los valores, en definitiva, una nueva antropología en la que la racionalidad calculadora perdiera su prioridad y quedara ligada a las otras facultades (López Sáenz, 2000: 23)

El papel de la sensibilidad es preponderante, porque Marcuse marca esta facultad como “la raíz de la estética”, al apelar a los sentidos. Por ello, en la estructuración de dicha nueva sensibilidad, Marcuse analiza una manera de expresar los factores que impulsarían dicha transformación; incluso durante la formación de una nueva sensibilidad es necesaria la resignificación de los conceptos que hacen referencia a ésta para expresar los valores que implicarían establecer una ruptura en el lenguaje significado bajo los términos de la dominación. “Se ha dicho que el grado en que una revolución va desarrollando condiciones y relaciones sociales cuantitativamente diferentes puede quizá sernos indicado por el desarrollo de un lenguaje diferente: la ruptura con el continuum de la dominación debe ser también una ruptura en el vocabulario de la dominación” (Marcuse, 1969: 39), entre estos términos encontraremos la dimensión estética.

La demanda de una sensibilidad diferente emana de la profundidad con la que se busca una rebelión y su fundamental necesidad de romper con la represión, ya que de esta manera se vería una re-configuración en la totalidad de las experiencias no dependientes de las imposiciones colectivas, sino coherentes con las necesidades expresadas en la sensibilidad. “Estas manifestaciones políticas de una nueva

sensibilidad indican la profundidad de la rebelión, de la ruptura con el continuum de represión. Atestiguan el poder de la sociedad para configurar la totalidad de la experiencia, todo el metabolismo entre el organismo y su medio ambiente” (Marcuse, 1969: 42).

Los factores a los que Marcuse refiere la necesidad de una transformación no responden solamente a las exigencias de la sensibilidad del propio individuo; dependen también de las condiciones históricas y contextuales, esto, debido a que la objetividad que estimula a los sentidos son resultado y reflejan la etapa de la civilización a la que pertenece. Por ello, Marcuse nos dice que los sentidos están engranados a sus objetos contextuales. “Más allá del nivel psicológico, las exigencias de la sensibilidad se desarrollan como exigencias históricas; los objetos que los sentidos confrontan y aprehenden son los productos de una etapa específica de la civilización y de una sociedad específica, y los sentidos a su vez están engranados a sus objetos” (Marcuse, 1969: 42).

Las estipulaciones históricas tienen repercusiones en las sensaciones primarias, ya que la sociedad a la que pertenece el sujeto unidimensional establece e impone a cada uno de sus miembros el mismo medio de percibir su realidad social, “y a través de todas las diferencias de las perspectivas individuales y de clase, todos los horizontes y trasfondos, la sociedad suministra el mismo universo general de experiencia” (Marcuse, 1969: 42).

Es por eso que Marcuse está convencido de que los pensadores rebeldes manifiestan una necesidad motivada por su sensibilidad para ver, ir y sentir de una manera nueva, ligando la posible liberación con el desvanecimiento de la percepción ordinaria y ordenada: “la revolución debe ser al mismo tiempo una revolución en la percepción que acompañaría la reconstrucción material e intelectual de la sociedad, creando el nuevo ambiente estético” (Marcuse, 1969: 43), postulando una revolución en la percepción que crearía un nuevo ambiente estético.

Sin la sensibilidad que pugne por una liberación de la conciencia hacia un cambio de la realidad, la propuesta quedaría incompleta, sin el aniquilamiento de las fuerzas que organizan la sensibilidad bajo estándares preestablecidos, ya que, la búsqueda en este análisis es que los sentidos puedan ver las cosas más allá de las leyes que determinan el funcionamiento social. El filósofo lo plantea de la siguiente manera:

La realidad tiene que ser descubierta y proyectada. Los sentidos deben aprender a ya no ver las cosas en el marco de esa ley y ese orden que los han formado; el mal funcionalismo que organiza nuestra sensibilidad debe ser aniquilado. (...) Si este mortal sistema de vida ha de ser cambiado si ser reemplazado por otro igualmente mortal, el hombre deberá aprender a desarrollar la nueva sensibilidad de la vida: de su propia vida (Marcuse, 1969: 44-45).

Con las características y potencialidades de la sensibilidad es posible especificar las necesidades que impulsarían el desarrollo genuino del hombre; el establecimiento de las necesidades humanas (más allá de las exigencias e impulsos orgánicos o animales) libres de las exigencias del lucro y la explotación. Desarrollar una organización cualitativamente diferente se vuelve una labor inseparable en el intento de crear necesidades nuevas que permitan un hombre libre de la unidimensionalidad.

La diferencia cualitativa entre las sociedades existentes y una sociedad libre afecta todas las necesidades y satisfacciones más allá del nivel animal, esto es, todas aquellas que son esenciales a la especie humana, el hombre como animal racional. Todas estas necesidades y satisfacciones se hallan contaminadas con las exigencias del lucro y la explotación. Todo el ámbito de las actuaciones competitivas y la diversión estandarizada, todos los símbolos del status, del prestigio, del poder, de la virilidad y el encanto a través de la publicidad, de la belleza comercializada; todo ese ámbito destruye en quienes lo habitan la disposición misma, los órganos, de la alternativa: libertad sin explotación (Marcuse, 1969: 24-25).

El problema de la satisfacción de las necesidades en este tipo de sociedad radica en la dependencia que dicha satisfacción requiere a aparatos de explotación que perpetúan la servidumbre.

El análisis hecho desde la Teoría Crítica retoma y examina las funciones, aptitudes y tendencias demostrables que puedan reflexionar sobre la sociedad hacia la superación de su condición actual, para evitar con ello una simple especulación utópica; de manera que uno de los principales lineamientos de la Teoría Crítica de la sociedad (y en especial de la teoría marxiana) ha sido abstenerse de lo que razonablemente puede llamarse especulación utópica. Se supone que la teoría social debe examinar las sociedades existentes a la luz de sus propias funciones y aptitudes, e identificar las tendencias demostrables (si las hay) que puedan llevar a la superación de la situación dada. (Marcuse, 1969: 11)

Si bien, la finalidad es construir una utopía que no tenga el carácter de irreal, llegar a un pensamiento utópico que permita vislumbrar una realidad posible más que una realidad fantasiosa que no responda a las condiciones materiales y sociales de la civilización, que se estudia desde la visión de la Teoría Crítica.

La dinámica de su productividad despoja a la utopía de su tradicional contenido irreal: lo que se denuncia como utópico no es ya aquello que no tiene lugar ni puede tenerlo en el mundo histórico, sino más bien aquello cuya aparición se encuentra bloqueada por el poder de las sociedades establecidas (Marcuse, 1969:11). Por lo tanto, la restructuración de las necesidades es para Marcuse primordial en el camino hacia la liberación del hombre unidimensional, por ello identifica y le llama, a la interiorización de los estándares sociales cuando se vuelven vitales para el día a día del sujeto como segunda naturaleza, la cual es, según el autor, lo que los condena libidinalmente volviéndolos una mercancía. Por ejemplo, “La necesidad de poseer, consumir, manipular y renovar constantemente la abundancia de adminículos, aparatos, instrumentos, maquinas, ofrecidos e impuestos a la gente.”(Marcuse, 1969: 19).

Pero cabe mencionar que la existencia de este tipo de necesidades no es fortuita, sino que cumplen una función primordial en la alienación de lo individuos, ya que éstas (las necesidades), formadas por el propio sistema, son estabilizadoras y conservadoras impidiendo una búsqueda del hombre unidimensional de cambio.

La segunda naturaleza del hombre milita así contra cualquier cambio capaz de trastornar o abolir esta dependencia del hombre respecto de un mercado cada vez más densamente colmado de mercancías; conservando una existencia que se consume a sí misma inmersa en una dinámica de comprar y vender. Las necesidades generadas por este sistema son, así, eminentemente estabilizadoras conservadoras: a contrarrevolución anclada en la estructura instintiva (Marcuse, 1969:19).

Aquello que se considera logro para el sistema de dominación se transforma en logro personal, con lo cual se reafirman las esferas de satisfacción que producen y adquieren su valor sólo dentro de la sociedad, proporcionando una falsa libertad en las decisiones de los individuos que buscan satisfacer las falsas necesidades. “Los logros justifican el sistema de dominación. Los valores establecidos se transforman en los personales valores de la gente: la adaptación viene a ser espontaneidad, autonomía; y la elección entre las necesidades sociales aparece como libertad” (Marcuse 1969: 21).

La identificación del sujeto con falsas necesidades representa la adaptación del individuo a una sociedad a la que Marcuse llama “terrible”, pero bien estructurada y funcional, identificando tal fenómeno como una enraizada adaptación orgánica (transformación que vuelve vital las necesidades falsas) de la gente a la sociedad. “En esta identificación hacia las necesidades sociales e individuales, está enraizada la adaptación orgánica de la gente a una sociedad terrible pero que funciona con provecho; aquí se encuentran los límites de la persuasión y la evolución democráticas. (Marcuse, 1969: 25)

Las posibilidades que las propias facultades del individuo poseen para contrarrestar lo anterior, son identificadas por el autor al analizar que las falsas necesidades gestadas en el seno del propio progreso social son cubiertas por la vida de opulenta fachada, reprimiendo las necesidades genuinas, la sensibilidad y las capacidades, transformadas en perversión y destrucción; “Hoy los biólogos enfatizan que se trata de necesidades del propio organismo humano, y que su represión, su perversión y destrucción por parte de la sociedad capitalista mutilan en realidad el organismo humano, no sólo en sentido figurado sino de modo bien real y literal. (Marcuse, 2011: 40)”.

Teniendo sobre la mesa los planteamientos de Marcuse, quiero hacer una pausa para retomar la problematización de su postura y las soluciones, para concluir con el presente apartado; se cuestiona qué tan posible es reestructurar las necesidades, el qué y el cómo escapar del engaño de las falsas necesidades una vez que se está inmerso en ellas: “¿De qué manera es posible imaginar la aparición de tales necesidades y metas cualitativamente distintas expresadas como necesidades y metas orgánicas y biológicas, y no como valores superpuestos? (Marcuse, 2011: 40). La duda es siempre cómo identificar o tan solo imaginar dichas necesidades yendo en contra de la sociedad dominante ya constituida y triunfante.

El autor trata este punto al considerar dos agentes de cambio necesarios para la transformación de las necesidades y el enaltecimiento de la sensibilidad: por un lado, se encuentra la identificación y en segundo, el reconocimiento de la educación como arma de cambio; además estipula como evidente precondition la disolución del sistema existente y, para ello, parte del estudio de las fallas que detecta en la sociedad; por ejemplo, su estado constante de contradicción y la violencia destructiva que la sostiene. “Las contradicciones internas del sistema son tan graves como siempre lo han sido, y se pueden agravar a causa de la expansión violenta del imperialismo capitalista” (Marcuse, 2011: 41). Teniendo entre las contradicciones más sobresaliente la producción de ricos y pobres y el progreso basado en destrucción.

Con base en un terreno fértil para el cambio, la labor es “surcar la conciencia mutilada y los instintos mutilados”, ya que, afirma, tanto la conciencia como la sensibilidad de los nuevos valores se encuentran ahí, en grupos sociales que todavía no se han integrado y que muchos de ellos tienen a los intelectuales como representantes ideológicos de una nueva conciencia que se transmitiría por medio de la educación, hacia una reestructuración adecuada de las necesidades como agentes de acción de cambio.

Pero la realización está ahí mismo, el terreno puede y debe ser preparado. Hay que surcar la conciencia mutilada y los instintos mutilados. La sensibilidad y la conciencia de los nuevos valores trascendentes y antagónicos están allí. Y se hallan precisamente entre grupos sociales

todavía no integrados y entre los que, en virtud de su posición privilegiada pueden atravesar el velo ideológico y material de la comunicación de masas y del adoctrinamiento; me refiero a los *intelligentsia*. (Marcuse, 2011: 42)

La educación, como ya se estableció, juega un papel importante para lograr el objetivo de Marcuse dado que considera es el modelo idóneo de “contagio”, es decir, se sirve de la educación como medio para mostrarle al hombre unidimensional un panorama donde no reconozca dicha unidimensionalidad, para que germine en él la duda sobre lo establecido y vislumbre una realidad diferente a su propia existencia, abriendo posibilidades que en su condición se encuentran determinadas por imposiciones exteriores; para que surjan los primeros indicios de reflexión sobre la liberación, hacia la búsqueda de la reestructuración de su existencia y de sus facultades en pro de su desarrollo y de su sociedad.

Este tipo de enseñanza al que apela Marcuse es un modelo donde la teoría y la práctica se deben conjugar en un ejercicio integral para el desarrollo del hombre, ya que es de vital importancia que trascienda las aulas al tiempo en que se estimula mente, cuerpo, razón, imaginación, necesidades intelectuales e instintos, posibilitando desplegar las capacidades de los individuos.

Nuestro trabajo es la educación en un sentido nuevo. Tratándose de teoría así como de práctica, hoy la educación es más que una discusión, más que una enseñanza, aprendizaje o redacción. Si no trasciende el colegio, la escuela, la universidad, seguirá impotente. Hoy la educación debe abrazar mente y cuerpo, razón e imaginación, necesidades intelectuales y del instinto, porque toda nuestra existencia se ha vuelto el sujeto/objeto de la política del planteamiento social (Marcuse, 2011: 44).

Esta educación pretende permitir una política de oposición<sup>2</sup>, enseñando modelos de libertad y no de servidumbre, de creación en lugar de destrucción, impulsar las

---

<sup>2</sup> No hay gran referencia a cuestiones de corte político a lo largo de la presente tesis, pero cabe aclarar que en la cuestión de la educación, la política aparece sólo como el referente de la educación del sistema capitalista, el cual si está politizado, por ello considera importante mencionar que la educación a la que se refiere se presentaría como contraria a la establecida y con ello se vuelve una herramienta contra-política. “Remarco que no se trata de la cuestión de politizar las escuelas y las universidades, de politizar el sistema educacional, éste y es político. Sólo necesito recordarles el inaudito grado (me refiero a los Estados Unidos) de participación de las grandes universidades en monumentales operaciones de investigación, cuya naturaleza ustedes conocen en muchos casos, inducidas por el Gobierno o por organismos paragubernamentales” (Marcuse, 2011: 44).



necesidades hacia la vida sin temor y evitando la brutalidad, para fomentar un impulso contestatario hacia la vida de opulencia. “Lo que queremos es una contrapolítica opuesta a la política constituida y, en ese sentido, debemos enfrentarnos a la sociedad en su propio campo de movilización total, Debemos enfrentar el adoctrinamiento para la servidumbre con adoctrinamiento para la libertad” (Marcuse, 2011: 44)

Por ello, el filósofo alemán ve en la educación<sup>3</sup> una vía para la transformación del hombre unidimensional, donde es posible conjugar todos los medios al alcance para contrarrestar la producción de individuos embrutecidos sin tiempo de hacer conciencia de dicha transformación, integrados perfectamente a las filas de la producción como herramientas laborales. “Actualmente, toda educación es terapia: terapia en el sentido de liberar al hombre, por todos los medios disponibles, de una sociedad en la cual, tarde o temprano será transformado en un bruto, aunque no se dé cuenta” (Marcuse, 2011: 46).

Teniendo claro que las herramientas de liberación se encuentran en cada hombre sin importar los procesos de mimesis a los que está expuesto, nos da la pauta para entrar de lleno al tema de la dimensión estética, de la cual hablaré a continuación.

### **3.2 Dimensión estética de Marcuse**

Antes de acotar este tema con mayor precisión aclaro el concepto de imaginación, ya que, al igual que la “estética” se ha abordado bastante a lo largo de la tesis y su relación con la dimensión estética es primordial.

Marcuse hace una referencia directa a Kant, donde asegura que éste quitó la línea que dividía la relación entre la sensibilidad y la imaginación, dando por hecho que existe una conexión directa entre las producciones de uno y otro, y la participación activa que tiene la sensibilidad en la producción de imágenes de libertad. “Cuando

---

<sup>3</sup> El tema de la educación como medida que permitiría la propagación de un pensamiento crítico hacia la exploración y fortalecimiento de la dimensión estética y una moral diferente acorde a un hombre libre, no se aborda de forma concisa por parte del filósofo, considera brevemente que es la herramienta para lograr que las nuevas generaciones puedan tener una conciencia nueva; pero no lo trata como el eje de su pensamiento.

Kant, en su *tercera Crítica*, borró del todo las fronteras entre sensibilidad e imaginación, reconoció la medida en que los sentidos son productivos, creadores: la medida en que participan en la producción de las imágenes de libertad”. (Marcuse, 1969.35).

Esto deriva en la idea de que la imaginación por sí misma no produce nada, solo con la integración del conocimiento que proviene de los sentidos es posible capacitarla para generar imágenes; en este particular caso, imágenes de libertad. Gracias a su carácter empírico, las experiencias sirven como referente directo en la formación de imágenes representando y reafirmando con ello la individualidad plasmada en la recolección y expresión de las propias experiencias.

Por su parte, la imaginación depende de los sentidos que proveen el material de experiencia partir del cual la imaginación crea su reino de libertad, transformando los objetos y relaciones que han sido los datos de los sentidos y que han sido formados por los sentidos. La libertad de la imaginación es restringida así por el orden de la sensibilidad, no sólo por sus formas puras (el espacio y el tiempo), sino también por su contenido empírico, en tanto que mundo de objetos que debe ser trascendido, continúa siendo un factor determinante de la trascendencia (Marcuse, 1969: 35).

Se esperaría que la imaginación en conjunto con la razón vuelva el proceso de producción en uno de creación, incorporando la libertad en la dimensión de las necesidades, en tanto que: “La imaginación de tales hombres y mujeres moldearían su razón y tenderían a hacer del proceso de producción un proceso de creación. Este es el concepto utópico de socialismo que contempla la incorporación de la libertad en el reino de la necesidad, y la unión entre la causalidad por necesidad y la causalidad por libertad” (Marcuse, 1969: 29).

Cuando Marcuse habla de imaginación es pertinente recordar que, como se ha mencionado, la sociedad del capitalismo se sirve de la dependencia de los sujetos a los estándares de consumo y producción, lo cual responde al aumento de explotación productiva; desde que el individuo adopta un trabajo enajenante como modo de vida y se inserta en la dinámica del consumo de mercancías permite entrar a lo colectivo en todos los espacios de la vida privada: “Las fuentes principales de su dinámica -el aumento en la producción de mercancías y la explotación

productiva- se unen e impregnan todas las dimensiones de la existencia pública y privada” (Marcuse,1969:15)

Es ahí donde la crítica de Marcuse encuentra una relación entre la mimesis del sujeto a la colectividad y las necesidades y satisfacciones que reproducen una vida de servidumbre, ajenas a las convicciones personales, respondiendo a los parámetros de la racionalidad instrumental de donde devienen tanto el principio de realidad como el de rendimiento, perdiendo la dimensión estética fuerza frente a la realidad social de consumo y producción. El problema aquí se observa en la mecanización del sujeto mismo, de la fragmentación de sus facultades y el olvido de algunas de ellas, principalmente de todas aquellas relacionadas con la sensibilidad, enalteciendo solamente la producción de la razón tecnológica, culminando en lo que Marcuse llamaría una sociedad irracional. Por ello, la dimensión estética juega en papel preponderante en el camino hacia la liberación de la unidimensionalidad, ya que guarda una estrecha e inseparable relación con el conocimiento producido desde la sensibilidad.

La estética conserva la verdad de los sentidos en una forma de reconciliación entre las facultades inferiores (sensualidad) y las superiores (intelecto). “El término estético aspira a preservar la verdad de los sentidos y a reconciliar en la realidad de la libertad las facultades denominadas inferiores y superiores del hombre. La sensualidad y el intelecto, el placer y la razón.” (López Sáenz, 2000: 27)

Dentro de las particularidades de dicha dimensión estética se encuentra que es sensual antes que conceptual, receptiva antes que constructiva, permite conocer y restaurar la verdad de las cosas, el conocimiento que genera es resultado de dejarse afectar por los objetos. El planteamiento sobre la estética aterriza la postura marcusiana no solo en un plano de análisis sociológico o antropológico, sino a un plano subjetivo y universal que trata de un placer derivado de la percepción que aprende la forma pura de los objetos, es decir, conocimiento del objeto sin que esté determinado por su propósito o materialidad, lo cual es accesible para cualquier persona que lo perciba. “Pero en tanto que este placer está constituido por la forma pura del objeto mismo, acompaña a la percepción estética

universal y necesariamente para cualquier sujeto que la perciba” (López Sáenz, 2011)

Para clarificar a qué se refiere Marcuse cuando habla de la dimensión estética es necesario comprender el uso de las principales categorías que guían su postura: ya teniendo planteado el término de “imaginación” cabe mencionar la importancia de otros como juicio y placer.

El juicio estético es el que media la naturaleza y la libertad reconciliándolos con lo erótico, el placer estético es el que nace de la receptibilidad de la sensibilidad, es decir placer sensible que carga en él la promesa de felicidad; en tanto que la imaginación estética es la facultad receptiva y creativa que constituye al objeto como bello de donde, como más adelante se verá, posibilita la construcción de una nueva existencia, una que se sirva de las categorías de finalidad sin fin y legalidad sin ley.

La imaginación estética juega un papel vital en el camino hacia la liberación de la conciencia enajenada, ya que, es creadora y constituye la belleza conteniendo principios universales para un orden objetivo no represivo, de ahí que tenga una función o intención crítica contrarias a las imposiciones del principio de realidad.

Esto se explica porque el orden de la belleza obedece a determinadas leyes, pero éstas no son impuestas y no promueven el logro de propósitos específicos <son la pura forma de la misma existencia> la pura forma de la legalidad y de la finalidad. (López Sáenz, 2000: 28)

Su función es crítica, trasciende las limitaciones impuestas por el principio de realidad, ya que la imaginación estética no responde dicho principio ni al de rendimiento por lo que puede ver las limitaciones que éstas conllevan, la imaginación crítica permite la anticipación de la propia libertad al tiempo que la vislumbrarla como posible, de ahí la capacidad de generar la necesidad de ella.

En este plano es posible conjugar el inconsciente y el consiente, mediante un constante cuestionamiento en nombre de lo que puede ser, teniendo al arte como una de sus principales manifestaciones. Por ello Marcuse ve en el arte y su lenguaje

una función cognoscitiva activa y liberadora, la cual logra revelar lo ausente, revivir lo posible para apuntar hacia un cambio de conciencia.

La función del arte es la superación del principio de rendimiento, debido a que, como resultado de la imaginación estética es posible perfilar una imagen de hombre libre que solo puede integrarse fuera de los estándares normativos y morales de la sociedad industrial, su función liberadora preserva la realidad que no es histórica ni contingente, la que se encuentra en el plano de lo no realizado a causa de la represión. Funge como resistencia al orden establecido al ofrecer instantes de placer porque contiene promesa de felicidad, expresa una realidad estilizada, una segunda realidad.

Lo anterior dado que el arte es en virtud de la forma que se incorpora y sublima a la materia, despojándola de su substancia e inmediatez, transformándola cualitativamente. Como estandarte de la liberación el arte representa el objetivo último de la revolución cuando actúa como idea reguladora en la lucha por el cambio.

Mediante esta reducción, el arte puede transmutar la represión en libertad; lo hace conquistando la naturaleza, pero sin propósitos de dominio. De esta manera, el arte reduce la instrumentalidad requerida por la apariencia externa para auto preservarse; tal reducción de lo externo hace que éste pueda convertirse en manifestación de la libertad. (López Sáenz, 2000: 37)

Con estas herramientas estéticas del arte es posible un cambio en la conciencia y el paradigma de las necesidades transformando la conciencia de los individuos y con ello su realidad.

No puede olvidarse que este factor aún en oposición de la realidad, ya que la enfrenta al tiempo que busca reconciliarse con ella a modo de catarsis, mantiene a lo real en la memoria, aproxima lo que es a lo que puede ser, de ahí que el arte se funda con la utopía.

Cuando lo anterior se cumple es posible llegar a un arte que conserve una racionalidad gratificante que permita representar la apariencia sensible del concepto. La manifestación de lo posible, una manera distinta de representar la

realidad, estilizándola, es la forma sublimada de la fantasía y de la imaginación teniendo a la belleza como su forma universal. El siguiente apartado clarificará este término.

En el camino que nos llevará hacia una reestructuración de las necesidades se debe tener claro que las nuevas necesidades y la satisfacción de las mismas tienen en primer lugar una base material ya que, como lo explica Marcuse no son simplemente ideadas, sino que tienen una relación directa con las posibilidades técnicas de cada sociedad dependiente de su momento histórico y contextual, “Las nuevas necesidades y satisfacciones tienen una base material. Ellas no han sido ideadas; son derivación lógica de las posibilidades técnicas, materiales e intelectuales de la sociedad industrial avanzada” (Marcuse, 2011: 38). Las necesidades determinadas de esta manera devienen, de esta manera, en mera expresión de la productividad.

### **3.3. Estética, arte y liberación**

Inicio este capítulo con una cita de Marcuse donde apela a la realidad estética como posibilitadora para crear una sociedad como una obra de arte, la cual representaría, de acuerdo con el autor una representación utópica de una organización libre: “Agrego ahora un concepto drástico; esto significaría una realidad estética, la sociedad como obra de arte. Hoy, esa es la posibilidad de liberación más utópica, más radical” (Marcuse, 2011: 39).

El concepto de estética hace se refiere tanto a los sentidos como al arte, siempre en relación a un ambiente de producción creativa libre. “El término <estético>, en su doble connotación de perteneciente a los sentidos y <perteneciente al arte> puede servir para designar la cualidad del proceso productivo-creativo en un medio ambiente liberal” (Marcuse 1969: 31).

Siendo la creatividad y la imaginación valores que juegan un papel importante para la estética, se vuelven una figura viable para convertirse en la herramienta

indispensable en la transformación de la conciencia del hombre unidimensional, dado que la sensibilidad a la que aspira es integral, es decir le compete tanto a las facultades del intelecto, como de las corporales, es congruente con las necesidades del individuo, pero sin violentar las de la colectividad, hacia una sociedad libre.

La estética como Forma posible de una sociedad libre aparece en esa etapa del desarrollo en que los recursos intelectuales y materiales para la victoria sobre la escasez son accesibles, en que la represión anteriormente progresiva deviene supresión regresiva; cuando la cultura superior dentro de la cual, los valores estéticos (y la verdad estética) han sido monopolizados y segregados de la realidad, se derrumba y se disuelve en formas desublimadas, inferiores y destructivas; cuando el odio de los jóvenes estalla en risas y canciones, mezclando la barricada y el salón de baile, el juego amoroso y el heroísmo. (Marcuse, 1969: 32)

Marcuse ve en la estética una posibilidad de “vida mejor”, ya que genera un vínculo entre ésta y las producciones “bellas” del hombre, con lo cual me refiero a la idea que se tiene de que la dimensión estética concentra en sí misma la idea de lo bello, por lo que el filósofo se pregunta si acaso se puede crear una relación entre lo propiamente estético y lo político “el análisis de la dimensión estética se ha concentrado en la idea de lo bello; (...) ¿Expresa esta idea el ethos estético que depara el común denominador de lo estético y lo político? (Marcuse, 1969: 33).

Una vez que Marcuse plantea la relación que encuentra entre lo bello y lo estético, determina que esta dimensión se asocia con los instintos primarios, con los cuales se refiere a aquellos que están arraigados con eros y thánatos; la propia estructura del sujeto pugna por las construcciones estéticas liberadoras, que se mantienen reprimidas y que son transformadas en producciones violentas o destructivas. Por ello el autor enfatiza que ésta es la llave hacia una sociedad libre, motivando el desapego a relaciones mediadas por el mercado y la competencia.

De esto, Marcuse identifica algo que llama necesidades estéticas, es decir, el impulso natural que tiene el hombre hacia una vida estética, movido por sus instintos y canalizándolos hacia la creación no destructiva. Las necesidades estéticas se manifiestan frente a las exigencias personales, una vez que la demanda de satisfacción se puede ver reflejada en la acción colectiva.

El contenido social radical de las necesidades estéticas se hace evidente a medida que la exigencia de su más elemental satisfacción se traduce en acción colectiva a una escala ensanchada. Desde el inofensivo impulso de lograr mejores reglamentos de zonas urbanas y un mínimo de protección contra el ruido y la suciedad, hasta la presión para que se cierren áreas enteras de la ciudad a la circulación de automóviles, hasta la prohibición de los radios de transistores en todos los lugares públicos, la descomercialización de la naturaleza, la total reconstrucción urbana, el control de nacimientos –tales acciones se irían haciendo cada vez más subversivas contra las instituciones del capitalismo y su moral. (Marcuse, 1969: 34)

Teniendo esto presente, es posible vislumbrar una homogeneización de la razón y de la sensibilidad, lo cual facilitaría que una conciencia radical emergiera, permitiendo una razón despojada de la instrumentalización, capaz de edificar las condiciones objetivas de la libertad. La racionalidad ya no respondería a las demandas de la dominación, y guiaría a la sensibilidad integrando a la imaginación.

Aparece ahora la perspectiva de una nueva relación entre sensibilidad y razón, a saber, la armonía entre la sensibilidad y una conciencia radical: facultades racionales capaces de proyectar y definir las condiciones objetivas (materiales) de la libertad, sus verdaderos límites y oportunidades. Pero en lugar de configurarse e impregnarse por la racionalidad de la dominación, la sensibilidad sería guiada por la imaginación, mediando entre las facultades racionales y las necesidades de los sentidos. (Marcuse, 1969: 37)

Es por ello que Marcuse apuesta por la estética, cree completamente en la capacidad que tiene para provocar un cambio de conciencia que permita en consecuencia un cambio en la realidad social, y en la existencia individual de los hombres que componen el entramado colectivo: “El universo estético es el Lebenswelt del que dependen las necesidades y facultades de la libertad para sus desencadenamientos” (Marcuse, 1969: 37)

En este punto, retomo de nuevo el papel del arte, ya que es la técnica utilizada para su creación la que permite el escape de la imaginación estética, así como la representación de la experiencia de la realidad del individuo. Una sociedad diferente tendría que verse como una producción artística, la sociedad como una obra de arte, cambiando las funciones y las fuerzas productivas hacia un tiempo material y cultural.



La cualidad esencialmente estética de esta Forma haría de ella una obra de arte, pero en la medida en que la Forma ha de aparecer en el uso del proceso social de producción, el arte habría cambiado su sitio y función tradicionales en la sociedad: se habría convertido en una fuerza productiva en la transformación a un tiempo material y cultural. (Marcuse, 1969: 38)

Con la introducción del arte en la cotidianidad productiva de la sociedad habría una ruptura entre la dimensión estética y la realidad. “Eso significaría la *Aufhebung* del arte: el fin de la escisión entre lo estético y lo real, pero también el fin de la unificación mercantil de negocios y belleza, explotación y placer” (Marcuse, 1969: 38); se mantendrían vigentes las cuestiones técnicas de su reproducción para que el trabajo creador no se interponga con la labor de la sensibilidad. “El arte recuperaría algunas de sus connotaciones <técnicas> más primitivas: como arte de preparar (¡cocinar!), cultivar, hacer crecer cosas, dándoles una forma que no violenta ni su sustancia ni la sensibilidad” (Marcuse, 1969: 38),

Estas virtudes que Marcuse alude al arte tienen su raíz en su capacidad para reconstruir la realidad dada, para establecer nuevas significaciones a los conceptos de la sociedad en la que se genera, y a su tendencia (no siempre presente) de fomentar la crítica a las oposiciones sociales. Al lenguaje del arte el autor le atribuye la potencialidad de comunicar la verdad, lo cual no es accesible al lenguaje ordinario o a la experiencia cotidiana.

El arte altera la experiencia reconstruyendo los objetos de la experiencia – reconstruyéndola en la palabra, el tono, la imagen, ¿Por qué? Evidentemente el lenguaje del arte debe comunicar una verdad, una objetividad que no es accesible al lenguaje ordinario y la experiencia ordinaria. (Marcuse, 1969: 46).

Marcuse busca con todo esto, mostrar su propuesta en torno a lo que la realidad debería y podría ser, de la mano de un hombre diferente.

Pueden emerger sólo en la *práctica colectiva de creación de un medio ambiente*: nivel por nivel, paso a paso –en la producción material e intelectual o medio ambiente en el que las facultades no agresivas, eróticas, receptivas del hombre, en armonía con la conciencia de la libertad, trabaje la pacificación del hombre y la naturaleza. (Marcuse, 1969: 38).

Hay que tener en cuenta que el arte por sí mismo no tiene la capacidad de cambiar el mundo, pero si tiene la capacidad para transformar la conciencia y convertir el cambio en una necesidad que favorece la búsqueda de libertad.

En la *dimensión estética*, Marcuse piensa que los factores decisivos para que el arte pueda llevar a cabo esta tarea son: la impugnación del sometimiento del arte a la desublimación institucionalizada, la evitación de la pérdida de su carácter crítico trascendente, de su forma y la limitación de la autonomía estética; esto último significa que Marcuse se opone al esteticismo, en el sentido de que no ha de olvidarse el carácter mimético del arte, el cual, transformando los contenidos cotidianos, conduce a aquella des-automatización artística en la que reina la fuerza subversiva del arte. Esta es la paradoja del arte que participa inevitablemente de lo que es y solo como fragmento de lo que es se pronuncia contra lo que es. (López Sáenz, 2000: 37)

La aplicación de las capacidades estéticas en el individuo potencializa la transformación de la naturaleza humana y por ende de la sociedad, otorga los principios universales para un orden objetivo no represivo, aboga por una razón crítica cuya meta sea la vida feliz y pacífica, teniendo como herramienta principal la dimensión estética. Hacia una nueva sensualidad que exprese un cambio antropológico revolucionario. Recae en la estética la urgencia de crear una nueva sensibilidad, que centre su principio de realidad en ella, en la dimensión estética, las armas para lograr una naturaleza anti-represiva, vital para la libertad.

Transmutar tendencias y metas, suprimir la lucha por la existencia, por medio de la potencialización de los sentidos. La tendencia para lograr dicho cambio apunta hacia un tipo de debilitamiento de la razón por medio del reforzamiento y potencialización de los sentidos, por ello lo que busca es una nueva sensibilidad encaminada hacia la estética.

La forma estética conjuga las cualidades que estructuran y dan orden a la propuesta de un cambio de la realidad social represiva, dando un terreno fértil a las condiciones que permiten una nueva sensibilidad, donde se debe aceptar que lo sensible es fuente de conocimiento, superar el conflicto entre sensualidad y racionamiento dándole supremacía al sujeto antes que a la propia sociedad.

Por ello Marcuse encuentra una relación posible entre la técnica y el arte, el trabajo y el ocio, necesidades y libertad; una vez que el hombre unidimensional se despoje de la dictadura lucrativa, al tiempo que se sustituye el trabajo socialmente necesario por uno cada vez más científico. La experiencia técnica tendría más relación con el propio juego y con las potencialidades de cada sujeto.

No sujetos más a los dictámenes de la lucratividad y de la eficacia capitalista, a los dictámenes de la escasez que actualmente es perpetuada por la organización capitalista de la sociedad, al trabajo socialmente necesario, podrían volverse (se volverían, ya encontramos esa tendencia) cada vez más científicos. La experimentación técnica, la ciencia y la tecnología podrían volverse un juego con las potencialidades hasta entonces ocultas – metódicamente escondidas y bloqueadas- de los hombres y las cosas, de la sociedad y la naturaleza (Marcuse, 2011: 39).

Para Marcuse esta reestructuración representaría uno de los sueños más antiguos de la teoría, así como el más radical, ya que coloca a la imaginación en a la par de la razón como agentes de transformación. “Significaría la aparición de una forma de realidad que surge de la tarea y del medio de desarrollo de la percepción y la sensibilidad del hombre.” (Marcuse, 2011: 39)

Es por eso que el filósofo enfatiza en la integración de los factores que conforman al sujeto, ya que no intenta retomar ninguna de las facultades aisladas ya sea la percepción, la sensibilidad, imaginación o incluso la razón, sino la estructuración de un individuo integrado por cada una de dichas facultades: “Como he dicho, aquí no estamos interesados en la percepción y en la sensibilidad aislada, sino en que la percepción y la sensibilidad, la imaginación creadora, la acción, devengan en fuerzas de transformación. (Marcuse, 2011: 40)

Lo interesante de esta postura, que Marcuse aclara cabalmente, es que estas aspiraciones no tienden a un ideal romántico, sino a una necesidad que el propio progreso de la sociedad demanda por debajo de la opulenta fachada que muestra. La negación de las necesidades genuinas del hombre, así como de su sensibilidad y sus capacidades transformadas en represión, perversión y destrucción, fragmentan y mutila al organismo humano de una manera literal y real. La propuesta no es una aspiración que no tenga un sustento ni un carácter necesario en la

realidad; es un llamado que responde a los principios de una conciencia que ya ha sido liberada, conjugada con la propia sensibilidad y coherente con sus necesidades.

Estas exigencias no son –y no hay manera de marcarlo con vigor suficiente– pretenciosas y románticas. Hoy los biólogos enfatizan que se trata de necesidades del propio organismo humano, y que su represión, su perversión y destrucción por parte de la sociedad capitalista mutilan en realidad el organismo humano, no sólo en sentido figurado sino de modo bien real y literal (Marcuse, 2011: 40).

La dimensión estética es para Marcuse el referente ideal para lograr un hombre integral, es decir, un sujeto que pueda desarrollar todas sus potencialidades de manera equitativa, sin subordinar ninguna a otra, lo cual permitiría el desarrollo social guiado por la imaginación productiva de la mano con la des-estandarización de la moral represiva, la correcta expresividad de la dimensión estética del sujeto, así como de todas sus facultades a favor de sí mismo y, en consecuencia, de sus relaciones con los otros integrantes de la sociedad.

Esto aportaría a la disminución de energía que el individuo deberá invertir en el trabajo (ya sea intelectual o físico), la elaboración de máquinas para desprender al hombre de la mecanización alejándolo de su carácter instrumental, convirtiéndose, más que en un agente de producción, en un supervisor. La descripción de la sociedad utópica en palabras del propio autor:

El creciente carácter tecnológico del proceso de producción, con la disminución de la energía física requerida y su reemplazo por energía mental: la desmaterialización del trabajo. Al mismo tiempo, un sistema de máquinas cada vez más automatizado, ya no usado como sistema de explotación, permitiría ese distanciamiento del trabajador respecto a los instrumentos de producción, que Marx previó al final del capitalismo; los trabajadores dejarían de ser los agentes principales de la producción material y se convertirían en sus supervisores y reguladores”: la aparición de un sujeto libre dentro del reino de la necesidad. Ya desde ahora, los logros de la ciencia y la tecnología permiten el juego y la imaginación productiva. (Marcuse, 1969: 36)

Para concluir el presente apartado y dar pie al siguiente donde analizaré la transición de la moral a través de la adopción de la estética en la formación del

hombre, quiero subrayar que Marcuse busca enaltecer las facultades desterradas del desarrollo de la civilización; las cuales no obedecen a los estándares de la razón instrumental, sino que complementan el uso de una razón integral y por ende un conocimiento humanizado, aplicado por un individuo que se integraría a la colectividad no como un utensilio de trabajo sino como un ser humano pleno, encontrando en la estética un modelo que permitiría al sujeto un cambio de su realidad, teniendo presentes la sensibilidad, la sensualidad, la imaginación creadora y el juego, que fungirán como agentes de transformación, fomentando relaciones auténticas no mediadas por el capital, relaciones entre seres libres reproducidos desde la educación.

## CAPÍTULO IV: DE LA ESTÉTICA HACIA UNA MORAL DE LA LIBERACIÓN

### 4.1 Modelo moral capitalista: uso y repercusiones

El modelo moral capitalista representa las estipulaciones estructuradas para el servicio de la colectividad, impuesto al sujeto para su determinación y dominio; implica mandatos que reprimen los instintos, así como la libido de los sujetos. En este sentido Marcuse plantea que la moral estética representaría lo contrario a la moral de la civilización.

La moral estética es lo opuesto al puritanismo. No insiste en el baño o la lucha diaria para gente que cuyas prácticas de limpieza incluyen la tortura sistemática, el asesinato en masas, el envenenamiento; ni siquiera en la necesidad de tener ropa limpia para hombres que están profesionalmente dedicados a negocios sucios, pero sí insiste en limpiar la tierra de la verdadera basura material producida por el espíritu del capitalismo, así como de este espíritu mismo. E insiste en la libertad como una necesidad biológica: ser físicamente incapaz de tolerar cualquier represión que no sea la requerida para la protección y el mejoramiento de la vida (Marcuse, 1969: 35).

Con esto Marcuse denuncia el carácter abstracto de los bienes sociales que establece las determinaciones igualmente abstractas alojadas en los individuos como sus gustos, emociones, deseos y el orden moral que rige al sujeto en su inmersión a las masas, donde el comportamiento y las creencias responden a la colectividad más que a los valores e impulsos personales<sup>4</sup>.

De modo que las construcciones sociales y la formación de sujetos en masa tienen correspondencia, relación inquebrantable del contexto y el sujeto; de ahí que se encuentra al hombre como prisionero voluntario de y por su entorno como pieza fundamental en su funcionamiento; por ello, el filósofo insiste en que dadas las

---

<sup>4</sup> Hay dos elementos importantes del pensamiento de Marcuse, presentes incluso en estas primeras líneas y que se encontrarán durante todo el análisis: por un lado, que el psicoanálisis se muestra como una pieza argumentativa en las funciones estructurales de la conciencia de los individuos y por otro lado el funcionamiento del conocimiento crítico que entiende la realidad a través de la teoría y la praxis.

determinación del entorno las necesidades y las exigencias de la sensibilidad no se encuentran aisladas, sino que son resultado del desarrollo histórico, donde las sociedades ya establecidas imponen a sus miembros un modelo de existencia estandarizado.

Más allá del nivel psicológico, las exigencias de la sensibilidad se desarrollan como exigencias históricas: los objetos que los sentidos confrontan y aprehenden son los productos de una etapa específica de la civilización y de una sociedad específica, y los sentidos a su vez están engranados a sus objetos. Esta interrelación histórica afecta aun las sensaciones primarias: una sociedad establecida impone sobre todos sus miembros el mismo medio de percepción; ya que a través de todas las diferencias de las perspectivas individuales y de clase, todos los horizontes y trasfondos, la sociedad suministra el mismo universo general de experiencia. Consecuentemente, la ruptura con el continuum de agresión y explotación rompería también con la sociedad engranada a este universo (Marcuse, 1969: 43).

Frente a lo anterior la crítica marcusiana denuncia la competencia rapaz que nace en los estándares impuestos por la moral que busca estandarizar la conducta de sus miembros, la creación de trabajo enajenado como modelo de vida, el consumo y producción en masa así como al desarrollo de falsa conciencia que se interiorizan sin cuestionamiento, dando por sentado que es su única opción y que la adquiere con completa libertad; estas características conciben al hombre unidimensional como moralmente alienado que no responde, analiza o critica la represión impuesta, con lo cual atrofia sus potencialidades físicas e intelectuales.

La moral capitalista es, en parte, responsable de este atrofiamiento, ya que otorga un alto valor a la productividad del trabajo, los lujos, así como al derroche “y dentro del marco del capitalismo, el enorme crecimiento de la productividad del trabajo refuerza la producción, siempre en aumento de lujos: el derroche en la industria de armamentos y en el comercio los adminículos, utensilios, accesorios, símbolos de posición social” (Marcuse, 1969, p.55).

Estas características de la moral social dan como resultado un hombre unidimensional que ha caído en la irracionalidad de la racionalidad instrumental “es una existencia humana mutilada, impedida y frustrada: una existencia humana que defiende violentamente su propia servidumbre” (Marcuse, 1970:104), condición que

ha gobernado completamente la conciencia y que determina en gran medida sus actos, deseos y objetivos, con lo que se acota así la dimensión moral de dicho individuo.

Lo anterior normaliza la idea de que la vida es una batalla constante por la existencia y la adquisición de necesidades que no son necesarias, esta “misma tendencia de la producción y el consumo, que contribuye a la abundancia y la atracción del capitalismo avanzado contribuye a sí mismo a la perpetuación de la lucha por la existencia, a la necesidad cada vez mayor de producir y consumir lo que no es necesario” (Marcuse, 1969: 55). El constante crecimiento de producción de mercancías que desafían la imaginación al tiempo que la limitan, lapida la existencia y la integra a una convención, y por consecuencia la moralidad social represiva vuelve a la sobrevivencia violenta y competitiva, donde los miembros de la sociedad se vuelven competencia.

Y con todo, precisamente a través de la difusión de esta forma de mercancía, la moralidad social represiva que sostiene al sistema está siendo minada. La obvia contradicción entre las posibilidades liberadoras de la transformación tecnológica del mundo, la vida ligera y despreocupada, por una parte, y la intensificación de la lucha por la existencia, por otra, genera entre la población subyacente esa difusa agresividad que, a menos de ser dirigida hacia el odio y la lucha contra el supuesto enemigo nacional, se vuelve contra cualquier objeto a la mano; blanco o negro, nativo o extranjero, judío o cristiano, rico o pobre (Marcuse, 1969: 55).

Con la interacción de todos los factores que Marcuse analiza, el sujeto es presa de una sociedad moralmente represiva y deviene en un ser agresivo, con experiencias mutiladas, falsa conciencia y dependiente a dicha dinámica. Ante esto, la propuesta es apelar a la transformación de la realidad, lo cual es posible desde la percepción que tiene Marcuse de dicha realidad, que no es estática o inamovible, tampoco se presenta como dada, sino histórica, afirmando así que una negación de la realidad actual hacia una metamorfosis de la misma se puede construir.

Considerando la inseparable relación en el desarrollo, tanto del contexto social como del sujeto, se apunta hacia un cambio de la conciencia que acceda a develar los problemas que se esconden bajo este orden social oculto a la vista de todos, es decir, en la normalización mediática y cultural. Se trata de identificar esos factores



que permiten un cambio, determinar las características enterradas por la represión, pero que se encuentran latentes en el sujeto hacia una sociedad libre, es decir, una sociedad que no dependa de la servidumbre y donde se afirmen de manera permanente el compromiso vital de los valores cualitativamente distintos.

Debemos hacernos conscientes de las características esencialmente nuevas que distinguen a una sociedad libre como una negación definitiva de las sociedades existentes, y debemos empezar por formular estas características, sin que importe lo metafísicas, sin que importe lo utópicas, e incluso diría sin que importe lo ridículas que puedan parecer a la gente normal en todos los campos, tanto a la derecha como a la izquierda. ¿Qué es la dialéctica de liberación de que nos ocupamos aquí? Es la construcción de una sociedad libre, construcción que depende en primer lugar del predominio de la necesidad vital de abolir los sistemas de servidumbre establecidos y, en segundo lugar —y esto es decisivo—, que depende del compromiso vital, de la lucha, tanto consciente como subconsciente e inconsciente, por los valores cualitativamente diferentes de una existencia humana libre. - (Marcuse, 1970: 97)

El problema es que las repercusiones que esta sociedad tiene en el sujeto lo invalida, instalándose a niveles inconscientes que llevan a los individuos a actuar sin reflexionar sus actos, teniendo como última consecuencia la reproducción automática de su propia represión, pues, en último término “significa tomar en consideración el hecho de que la sociedad ha invadido incluso las raíces más profundas de la existencia individual, incluso el inconsciente del hombre.” (Marcuse, 1970: 105)

A pesar de ello, un hombre cualitativamente diferente se ha hecho presente a lo largo de la historia en movimientos y organizaciones que se manifiestan frente al orden establecido, de entre estos sujetos producto de la sociedad capitalista, han existido aquéllos que pugnan por una realidad diferente; este hecho nos muestra dos cosas: por un lado, es posible que la conciencia se suprima de la unidimensionalidad y por otro, que mal dirigida la propia sociedad los consume.

Han existido grupos organizados que se expresan contra la guerra, el uso desmedido de recursos naturales; la contaminación; los que critican las políticas gubernamentales y la aplicación de la violencia y la censura; pero han sido

absorbidos por el propio sistema volviéndolos “paraísos artificiales”, ya que, como expresa Marcuse, quedan viciados pues la búsqueda de dichos grupos pugna por una liberación temporal, por lo que permanecen sujetos a las leyes sociales.

La conciencia de la necesidad de semejante revolución en la percepción, de un nuevo aspecto sensorial, constituye quizás el fondo de verdad en la búsqueda psicodélica<sup>5</sup>. Pero se vicia cuando su carácter narcótico depara una liberación temporal no sólo respecto a la razón y la racionalidad del sistema establecido, sino también de esa otra racionalidad que es la que debe cambiar el sistema establecido; cuando la sensibilidad es relevada no sólo de las exigencias del orden existente, sino también de las de la liberación misma. Intencionalmente no comprometido, el alejamiento crea sus paraísos artificiales dentro de la sociedad de la que se aleja. Así permanecen sujetos a las leyes de esta sociedad, que castiga las actuaciones no eficientes. (Marcuse, 1969: 43)

La imposición de los modelos colectivos que afectan la propia estructura moral de los sujetos los lleva a aceptar y actuar de manera alineada con los parámetros establecidos por el propio sistema, pero debido a la condición histórica de dichas determinaciones es posible generar modos diferentes de existencia y manifestaciones individuales o grupales que pugnen por llegar a dichas existencias diferentes, que permitan una moral distinta, es decir, una moralidad estética.

Es aquí donde la rebelión encuentra su objetivo, ya que se dirige a la sociedad que se presenta como próspera, deviene esto en una revolución moral, que busca contrarrestar los valores establecidos “y metas hipócritas u agresivas, contra la blasfema religión de esa sociedad, contra todo lo que ella toma en serio, contra todo lo que predica mientras viola lo que predica” (Marcuse, 1969: 67).

## **4.2 Estética aplicada desde la teoría marcusiana**

La estética en su expresión artística traduce la sensibilidad subjetiva en formas objetivas; es decir, la vuelve parte de la realidad, suprimiendo con ello el sentimiento de culpa y negación de los falsos modelos de autoridad, una manera

---

<sup>5</sup> Hace referencia al uso de psicotrópicos de grupos que en su momento fueron subversivos y expresamente antigubernamentales como los hippies.

de expresar la sensibilidad en la praxis. Se trata de la estética y sus expresiones como una opción para la construcción de una sociedad libre.

Emerge en la lucha contra la violencia y la explotación, allí donde esta lucha se encamina a lograr modos y formas de vida esencialmente nuevos: negación total del sistema establecido, de su moralidad y su cultura; afirmación del derecho a construir una sociedad en la que la abolición a la violencia y el agobio desemboque en un mundo donde lo sensual, lo lúdico, lo sereno y lo bello lleguen a ser formas de existencia y, por tanto, la forma de la sociedad misma (Marcuse, 1969: 32).

Marcuse aclara que uno de los factores primordiales para lograr cualquier tipo de cambio es conceder a la sensibilidad y sensualidad derechos propios, permitir su libre desarrollo, por lo cual busca llegar a una transformación de los valores, hacia un nuevo sujeto, una nueva antropología: “Se trata de características cualitativamente diferentes de una sociedad libre. Presupone, como habrán podido ver ustedes ya, una transvaloración total de los valores, una nueva antropología” (Marcuse, 1970:107).

Se apela al abandono de una moral socialmente establecida a la cual él llama “puritana e hipócrita” que no responde a las necesidades propias del sujeto y que por el contrario crea en él un constante sentimiento de culpa e insatisfacción; agrega algunos párrafos más adelante “Y añadido ahora la idea terrible: significaría una realidad “estética”, la sociedad como obra de arte. Ésta es hoy la más utópica, la más radical posibilidad de liberación” (Marcuse, 1970: 108).

Las herramientas estéticas son las que, desde el sujeto, podrían crear un cambio de la realidad; la sensibilidad, la sensualidad, la imaginación creadora y el juego deberán desempeñarse como agentes de transformación, lo cual, permitiría al hombre relaciones humanas auténticas dado que se darían entre seres libres. ¿Cómo llegar a ese individuo? ¿cómo generar una conciencia y una sensibilidad diferentes?

Una nueva sensibilidad es indispensable en la transformación del sujeto, su moral y sus necesidades, para lograr una afirmación de sus instintos y extraer la agresividad que la represión social le siembra hasta que la libertad se vuelva una

necesidad: “La nueva sensibilidad, que expresa la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, nutriría, en una escala social, la vital urgencia de la abolición de la injusticia y la miseria, y configuraría la ulterior evolución del "nivel de vida". (Marcuse, 1969: 30)

Estos factores (una nueva sensibilidad, la afirmación de los instintos, libertad como necesidades, etc.) permitirían la construcción de una conciencia libre, dado que, las fuerzas sociales que pugnan por un individuo unidimensional en beneficio del propio sistema quedarían extraídas del propio sujeto.

El nuevo sujeto sería por ende libre; por lo que, de éste se llega a la producción de ciencia y tecnología que apelen a la protección y goce de la vida, donde la técnica se vuelve arte y el arte realidad; la oposición, tan común a nuestra sociedad, entre imaginación y razón, pensamiento poético y científico, no tendrían lugar con estos nuevos principios imperando, en la cotidianidad nacería un nuevo Principio de Realidad “...bajo el que se combinaría una nueva sensibilidad y una inteligencia científica desublimada para la creación de un ethos estético.” (Marcuse, 1969: 31)

El entramado estético-político está direccionado hacia relaciones humanas que no estén mediatizadas por el mercado, explotación, competencia, una liberación de las satisfacciones que nacen en el seno de la represión, donde la sensibilidad sirva como receptor de realidades alternas a la impuesta, posibles en la proyección de la imaginación estética. Marcuse nos habla de las cualidades estéticas inmersas en el entramado social de la siguiente manera:

Porque las necesidades estéticas tienen su propio contenido social son los requerimientos del organismo humano, mente y cuerpo, que solicitan una dimensión de satisfacción que sólo puede crearse en la lucha contra aquellas instituciones que, por su mismo funcionamiento, niegan y violan estos requerimientos. El contenido social radical de las necesidades estéticas se hace evidente a medida que la exigencia de su más elemental satisfacción se traduce en acción colectiva en una escala ensanchada. (Marcuse, 1969: 34)

Las necesidades estéticas que pugnan contra lo establecido poseen las cualidades necesarias para generar realidades alternas, realidades impulsadas desde las

propias necesidades del individuo, desde sus capacidades y desarrollo. Creando acciones subversivas contra el sistema capitalista y su moral en la medida en que participan en la producción de imágenes de la libertad; por ello Marcuse dice que la moralidad estética es lo opuesto al puritanismo.

El proceso que lleva al hombre hacia una sensibilidad estética lo describe de la siguiente manera: los sentidos proveen a la imaginación del material de la experiencia, la sensibilidad se vuelve parte activa del conocimiento, teniendo como característica la capacidad de creación libre solo limitada por el orden de la sensibilidad y en su otro polo por la razón. “Sin embargo, la libertad de la imaginación es restringida no sólo por la sensibilidad, sino también, en el otro polo de la estructura orgánica, por la facultad racional del hombre, por su razón” (Marcuse, 1969: 35)

Romper con el dominio de la razón instrumental implica una fragmentación de los paradigmas establecidos, dado que la conceptualización creada por la sociedad se vuelca en la imaginación, teniendo como resultado la configuración de la sensibilidad, la razón del hombre y la concepción sobre la libertad de la imaginación. Ese es el orden que Marcuse busca cambiar: las estructuras que guían la conducta y la conciencia tanto estética como moral; un modo de expresión diferente que manifieste un abandono de la conciencia de lo estipulado.

Se ha dicho que el grado en que una revolución va desarrollando condiciones y relaciones sociales cualitativamente diferentes puede ser indicado por el desarrollo de un lenguaje diferente: la ruptura con la dominación debe ser también una ruptura con el léxico de ella. La tesis surrealista, de acuerdo con la cual el poeta es el inconformista total, encuentra en el lenguaje poético los elementos semánticos de la revolución.

Entre los dictados de la razón instrumentalista, de un lado, y una experiencia sensorial mutilada por las realizaciones de esta razón, del otro, el poder de la imaginación se encontraba reprimido; era libre de hacerse práctico, p. ej., para transformar la realidad sólo dentro del marco general de la represión (Marcuse, 1969: 36).

El uso de la imaginación en la moralidad social es vista como tabú, perversión o subversión, ya que responden a sus propios estándares; por ello, una vez rotos los paradigmas que determinan la racionalidad, sus preceptos podrán dirigirse hacia una nueva realidad, libre por defecto, verá la luz, la conjugación de la razón y la sensibilidad respondiendo siempre al sujeto y a sus verdaderas necesidades; es decir, aquéllas que lo impulsan a desarrollar sus potencialidades en pro de una sociedad medida por relaciones humanas libres y no entre mercancías.

Más allá de los límites (y más allá del poder) de la razón represiva, aparece ahora la perspectiva de una nueva relación entre sensibilidad y razón, a saber, la armonía entre la sensibilidad y una conciencia radical: facultades racionales capaces de proyectar y definir las condiciones objetivas (materiales) de la libertad, sus verdaderos límites y oportunidades (Marcuse, 1969: 37).

La sensibilidad está guiada por una imaginación mediada por dos factores: por un lado, las facultades racionales y, por el otro, las necesidades de los sentidos; la imaginación funge, así como unificadora entre la sensibilidad y la razón, hacia una realidad formada desde la sensibilidad estética del hombre. “La transformación racional del mundo podría llevar entonces a una realidad formada por la sensibilidad estética del hombre.” (Marcuse, 1969: 37)

### **4.3 La estética y el arte como posibilitadores de un cambio material**

Ya se han dado rastros de lo que Marcuse expresa cuando se refiere a lo estético, retomar a la sensibilidad como una fuente de conocimiento válido que permite un cambio material de la realidad al tiempo que deja al sujeto desarrollar sus potencialidades, la razón de la sensibilidad, como una experiencia de vida.

Lo estético es algo más que lo meramente "estético". Es la razón de la sensibilidad, la forma impuesta por el espíritu y, como tal, la forma posible de la existencia humana. La forma bella como forma de vida pertenece, como posibilidad, únicamente a la totalidad de una posible sociedad libre; no, en cambio, a lo solamente privado, a lo solamente singular, al museo (Marcuse, 1968: 79).

Desde esta perspectiva estética el arte se vuelve una herramienta indiscutible hacia una nueva conciencia, por medio de un nuevo lenguaje, donde la conciencia, una vez que deja de lado los conceptos adoptados del propio sistema, es capaz de desarrollar pensamientos propios, un rompimiento con la percepción que tiene del mundo e incluso de sí mismo.

Raoul Haosmann da un paso más y define el arte con una frase muy decisiva, que luego será recogida por los formalistas: -El arte es una crítica del conocimiento pintada o modelada-. Aquí radica la exigencia de una nueva óptica, de una nueva percepción, de una nueva conciencia, de un nuevo lenguaje, que habrá de llevar consigo la liquidación de la forma de percepción establecida y de sus objetos (Marcuse, 1968: 76).

La imaginación creadora en convenio con la técnica hacia nuevas posibilidades de existencia, como una fuerza social que permitiría vislumbrar una realidad alterna a la existente, una transformación material del entorno, retomando el parentesco entre la técnica y el arte, darle un nuevo sentido a dicha técnica, rescatar al arte del aislamiento abstracto y subjetivo y enderezar su camino hacia la transformación de la conciencia del hombre unidimensional, para dejar de ver la técnica como un instrumento meramente de dominio:

Por ello, resulta hoy día la imaginación creadora, en cuanto que experimentación metódica sobre las posibilidades del hombre y de la materia, una fuerza social para la transformación de la realidad, y el medio social se convierte en material y lugar potenciales del arte (...) El parentesco viejísimo de técnica y arte ha sido, naturalmente, desgarrado en el proceso histórico; la técnica se quedó en transformación del medio ambiente real, el arte fue condenado a la configuración y transformación. Las dos dimensiones se separaron: en el mundo social real el dominio de la técnica y la técnica como instrumento de dominio- en el mundo estético, la apariencia ilusoria. (Marcuse, 1968: 78)

Por ello, una transformación radical, y no solo “paraísos artificiales” como se menciona en páginas anteriores, es necesaria; es decir una unión entre la nueva sensibilidad con una nueva racionalidad teniendo siempre como mediador a la imaginación hacia la reconstrucción de la sociedad.

La transformación radical de la sociedad implica la unión de la nueva sensibilidad con una nueva racionalidad. La imaginación se vuelve productiva si se convierte en el mediador entre la sensibilidad, por una parte, y la razón teórica tanto como la práctica, por otra parte, y en esta armonía

de facultades (en la que Kant vio la prueba de la libertad) guía la reconstrucción de la sociedad (Marcuse, 1969: 43).

El papel del arte se asoma en este punto como aquel que ha servido como un elemento indispensable en dicha unión (sensibilidad-razón), aunque Marcuse reconoce que el avance del arte en la desmantelación de la realidad se detuvo al volverse incompatible con las normas e instituciones que estructuran la sociedad topándose con una razón ya alineada.

Tal unión ha sido el elemento distintivo del arte, pero su realización se ha detenido en el punto en el que habría llegado a ser incompatible con las instituciones básicas y las relaciones sociales. La cultura material, la realidad, siguió rezagándose detrás del progreso de la razón y la imaginación, y culpando a la irrealidad, la fantasía y la ficción, de muchas de estas facultades. El arte no pudo convertirse en una técnica para la reconstrucción de la realidad; la sensibilidad permaneció reprimida, y la experiencia mutilada (Marcuse, 1969: 48)

Aun con este antecedente, donde se experimenta un arte positivo, es decir, arte que se reconcilia con el estatus quo, y expresa las necesidad y parámetros de la propia sociedad, el arte vuelto mercancía sin más, es posible rondar la idea de un arte negativo, aquel que no acepta lo dado, que se vuelve crítico. Un arte que permite expresar un poder negativo es aquel que permite una desublimación de la cultura.

Pero la revuelta contra la razón represiva que desencadenó en la nueva sensibilidad que cautivó el poder de lo estético ha radicalizado también en el arte: el valor y la función del arte están experimentando cambios esenciales. Estos cambios afectan el carácter afirmativo del arte (gracias al cual el arte tiene la capacidad de reconciliarse con el statu quo), y el grado de sublimación (que militaba contra la realización de la verdad, de la fuerza cognoscitiva del arte). La protesta contra estos elementos del arte se esparce por todo el universo del arte antes de la primera Guerra Mundial y prosigue con acelerada intensidad: da voz e imagen al poder negativo del arte, y a las tendencias hacia una desublimación de la cultura (Marcuse, 1969: 43).

Es por ello, que Marcuse piensa a la nueva sociedad como una obra de arte, que nace desde las relaciones de individuos libres movidos no por el orden del sistema si no por sus propias necesidades, necesidades que pugnan por su desarrollo integro abarcando no solo la parte racional, sino también la sensibilidad, abandonando un trabajo alienado para responder a la lucha por la existencia, con



ayuda de la misma sociedad, es decir, dándole un uso en pro de la existencia libre a la propia tecnificación.

Hoy podemos prever la posible unificación de las dos dimensiones: la sociedad como obra de arte. Parece que la tendencia hacia ello viene de la misma sociedad. Esencialmente en la creciente tecnificación del proceso de reproducción material, en la reducción del esfuerzo humano físico que tiene lugar en este proceso, en la reducción de la necesidad de trabajo resignado alienado en la lucha por la existencia. Esta tendencia estimula por sí misma la experimentación sistemática con las posibilidades técnicas de trabajo y ocio, sin incomodidad, alienación, ni explotación (Marcuse, 1968: 78).

Solo cuando el arte y la técnica se sirvan a sí mismas siguiendo la imaginación creadora y no los mandatos de la ya mencionada segunda naturaleza que la sociedad les impone, la sociedad propuesta como una obra de arte en el sentido de tener al técnico no como una herramienta más, como una pieza más de la maquinaria, sino como un artista, lo cual se lograría conseguir una producción lejos de la represión.

Un arte que trabaja contra la naturaleza: contra la naturaleza falsa, forzada, fea, también contra la "segunda naturaleza" de la sociedad. El técnico como artista, la sociedad como obra de arte, eso podrá darse a partir del momento en que arte y técnica sean liberados de su servicio a una sociedad represiva, cuando ya no permitan que una sociedad enajenada les prescriba su modelo y su razón, es decir, sólo después y dentro de un cambio radical que abarque la totalidad de la sociedad. (Marcuse, 1968: 78)

#### **4.4 Estética aplicada hacia una moral de liberación: el sentido de una nueva antropología**

Como ya se mencionaba en párrafos anteriores, no se busca deslindar la producción científica y técnica de la nueva sociedad, sino fomentar la conjugación entre las verdaderas necesidades del hombre y el desarrollo científico, y así apelar al mejoramiento de la existencia de los miembros de la sociedad y no solo al beneficio de aquellos que ostentan tanto poder político como económico. El objetivo es la generación de un hombre nuevo, con una conciencia libre del enajenamiento que lo ha llevado a la unidimensionalidad, y la estructuración de un camino que se construya desde la ciencia a la utopía.

Sí desean ustedes una formulación provocativa de esta idea especulativa, yo diría que hemos de considerar al menos la idea de un camino al socialismo que vaya de la ciencia a la utopía, y no, como aún creyó Engels, de la utopía a la ciencia. (Marcuse, 1982: 8)

Para Marcuse la idea de utopía apunta hacia los proyectos de transformación que en un primer momento de su desarrollo se presentan como inalcanzables, ya que los factores tanto subjetivos como objetivos se oponen a la transformación y cuando dicho proyecto de transformación está en contradicción con las leyes científicas comprobables. “El concepto de utopía es un concepto histórico. Se refiere a los proyectos de transformación social que se consideran imposibles.” (Marcuse, 1968: 8),

La utopía como la expresión de la imaginación que apela a un proyecto inalcanzable en el sentido que hace referencia a una realidad diferente a la existente, realidades que incluso nunca han existido, pero, como lo menciona ya, viables en relación a las posibilidades materiales y de existencia del sujeto.

Para llegar a dicha sociedad es necesaria la transformación de la conciencia del sujeto, es decir, lo que está en juego es una nueva antropología, no solo en un plano teórico sino proyectado en la existencia cotidiana, sembrar la necesidad de libertad, alojada en necesidades cualitativamente diferentes.

Lo que está en juego es la idea de una nueva antropología, y no sólo en cuanto teoría, sino también como modo de existencia: la génesis y el desarrollo de necesidades vitales de la libertad. De una libertad que no se funde en la escasez y en la necesidad del trabajo alienado, ni encuentre en una ni en otra sus límites. La necesidad del desarrollo de necesidades humanas cualitativamente nuevas, o sea, la dimensión biológica, necesidades en un sentido muy estrictamente biológico. Pues en este sentido la necesidad de libertad como necesidad vital no existe (Marcuse, 1986: 11)

Sin un sujeto diferente el cambio es imposible, el sujeto debe defender la satisfacción de sus necesidades vitales e incluir en éstas la de libertad, donde no se suprime el goce por el trabajo y quede exento de una lucha constante por la sobrevivencia, ya que de lo contrario todas las posibilidades que se juegan dentro de la sociedad seguirán pugnando por represión y servidumbre.

Cuando no existe la necesidad vital de que se suprima el trabajo, cuando, por el contrario, existe la necesidad de continuación del trabajo hasta cuando éste deja de ser socialmente necesario; cuando no hay necesidad de gozar, de ser feliz con la conciencia tranquila, sino la necesidad de tener que ganarlo y merecerlo todo en una vida que es todo lo miserable que se puede imaginar; cuando esas necesidades vitales no existen o existiendo, son apagadas por las necesidades represivas, entonces lo único que se puede esperar de las nuevas posibilidades técnicas es efectivamente que se conviertan en posibilidades de la represión (Marcuse, 1986: 14).

El papel de las necesidades no es fortuito en la relación que existe entre el sujeto estético y la formación de una ética diferente, ya que por medio de la adopción de nuevas y verdaderas necesidades presentes como la negación de las ya existentes, por medio del desarrollo de una nueva sensibilidad como parte de la racionalidad, se construirá la base para el establecimiento de una nueva antropología, de una persona que acota todas las dimensiones de su existencia de forma consciente respondiendo a su necesidad estética de libertad y produciendo un actuar distinto en el mundo y con sus relaciones; para así suplantar la racionalidad instrumental y generar una negación de los valores pilares del sistema de dominación y represión. Negando con ello los estándares de vida individual impuesta por la colectividad, la negación de la búsqueda del éxito, de la conformidad, de la adaptación y la mimesis, del consumo desmedido.

Las nuevas necesidades, que son realmente la negación determinada de las necesidades presentes, pueden tal vez resumirse en la negación de las necesidades y de los valores que sostienen el actual sistema de dominio; por ejemplo, la negación de la necesidad de la lucha por la vida. (...) Estas necesidades<sup>6</sup> se niegan en la necesidad de paz, que hoy, como saben ustedes muy bien, no es una necesidad de la mayoría; en la necesidad de descanso, en la necesidad de estar solo, de tener una esfera privada que, como nos dicen los biólogos, es una necesidad inapelable del organismo; en la necesidad de calma y la necesidad de felicidad; todo ello entendido no como necesidades individuales, sino como fuerza productiva social, como necesidades sociales que hay que poner en obra de un modo determinante en la organización y la dirección de las fuerzas productivas (Marcuse, 1968: 15).

Teniendo claro esto, Marcuse afirma que dicha transformación se lograría con el desarrollo de cualidades estético-eróticas, “lo estético tiene que entenderse en sentido originario, o sea, como desarrollo de la sensibilidad como modo de

---

<sup>6</sup> Las socialmente impuestas, las que responden y alimentan la falsa conciencia

existencia humana” (Marcuse, 1968, p.16). Que promueven la mezcla entre técnica, arte, y un tercer factor: el juego.

Las propias contradicciones del capitalismo son las que muestran la necesidad de un cambio en los individuos que poco a poco han sido desdibujados, y que impulsa el carácter destructivo de la cultura y de las propias fuerzas productivas, de ahí el ímpetu por impulsar un quiebre ideológico de la sociedad opulenta.

Las contradicciones clásicas internas al capitalismo son hoy más violentas que nunca, particularmente la contradicción general entre el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y la riqueza social, por un lado, y la utilización destructiva y represiva de esas fuerzas productivas. (...) Esta situación presupone el surgimiento de necesidades nuevas, cualitativamente diferentes e incluso opuestas a las necesidades agresivas y represivas predominantes: el surgimiento de un nuevo tipo de hombre, con un impulso vital, biológico, hacia la liberación, y con una consciencia capaz de rasgar completamente el velo material e ideológico de la sociedad opulenta (Marcuse, 1970: 105).

Así, apelar a esta nueva antropología, que se constituye de un hombre impulsado por la necesidad de liberarse de los estándares de agresividad, de la doble moral puritana, a un hombre que pueda apoderarse del placer sin culpas, que pueda trabajar sin que impere el impulso de la mínima supervivencia a favor de la individualidad en pro de la libre y pacífica convivencia.

Presuponen un tipo de hombre que rechace los principios de actuación que gobiernan las sociedades establecidas; un tipo de hombre que se haya liberado por sí mismo de la agresividad y la brutalidad inherentes a la organización de la sociedad establecida, y a su moralidad puritana e hipócrita; un tipo de hombre que sea biológicamente incapaz de combatir en las guerras y de crear sufrimiento; un tipo de hombre que tenga una buena consciencia del goce y del placer, y que trabaje, colectiva e individualmente, en favor de un entorno individual y social en que sea posible una existencia así (Marcuse, 1970: 107).

La clave que ve Marcuse en la relación estética-ética reside entonces en el hecho de que, a partir de una liberación sensitiva del sujeto, de la relación que tiene la sensualidad con su mundo, el conocimiento que se genera no está mediado directamente por la razón, y menos de la razón instrumental; nace de la armonía de las necesidades no reprimidas que se desarrollan en la propia organicidad del sujeto, y no desde las necesidades de la colectividad.

Inmerso en un consenso ético-moral diferente, la relación con el mundo y con los otros (que en la sociedad actual está movido por el dominio y la utilidad) tendría otro sentido, siendo una conciencia libre, una sensibilidad humana que se rebela contra las imposiciones de la razón represiva, y, al hacerlo así, apela al poder sensual de la imaginación.

Teniendo esto como el ideal, en torno a lo que la relación del sujeto con la moral que adquiere de la sociedad representaría, nos enfrentamos a la descripción de la situación que Marcuse crítica, que es la moralidad que surge de una sociedad que forma a hombres unidimensionales, alineados, conformados y al servicio de falsas necesidades que construyen y fortalecen una moral contradictoria, donde manteniendo alejada a la dimensión estética de la construcción de dicha moral, la vuelve obsoleta para el desarrollo de los individuos.

La obscenidad entraña un concepto moral en el arsenal verbal del sistema establecido, que violenta el término aplicándolo, no a las expresiones de su propia moralidad, sino a las de la ajena. No es obscena en realidad la fotografía de una mujer desnuda que muestra bello de su pubis; si lo es la de un general uniformado que ostenta las medallas ganadas en una guerra de agresión; obsceno no es el ritual de los hippies, sino la declaración de un alto dignatario de la Iglesia en e sentido de que guerra es necesaria para la paz. La terapia lingüística –esto es, la tarea de liberar las palabras (y por tanto los conceptos) de la total distorsión de sus significaciones, operada por el orden establecido- exige el desplazamiento de los criterios morales (y de su validación) llevándolos desde el orden establecido hasta la revuelta contra él. De modo similar, el vocabulario sociológico y político debe ser remodelado radicalmente: debe despojársele de su falsa neutralidad; debe ser metódica y provocativamente moralizado en términos del Rechazo (Marcuse, 1969: 16).

En esta línea, Marcuse asegura que la moralidad no representa de manera primordial una ideología, pero teniendo una moral “obscena” que reemplazar, la nueva moralidad representaría un arma política, una reacción ante las contradicciones de la moralidad social, un modo de expresar que no se es indiferente a sus fallas. “La moralidad no es algo necesario o primordialmente ideológico. Frente a una sociedad amoral se convierte en un arma política, una fuerza efectiva que impulsa a la gente a quemar sus tarjetas de reclutamiento.” (Marcuse, 1969: .16)

La liberación de la moralidad social es posible dentro del “marco establecido” como una liberación que funge como cohesión de la totalidad. Con la pérdida de los tabúes, el sentimiento de culpa se disuelve y permite florecer a las cuestiones libidinales. “Esta contradicción puede resolverse si entendemos que la liberalización de la moral propia del sistema establecido se realiza dentro del marco, la liberación fortalece la cohesión de la totalidad. El relajamiento de los tabúes alivia el sentimiento de culpa y vincula libidinalmente a los individuos libres” (Marcuse, 1969: 17)

Un radicalismo moral implicaría un radicalismo político, la oposición que rechaza lo establecido proclamaría una cultura humanista, la cual presentan las precondiciones para el nacimiento de una nueva moral que pueda preparar al hombre para la libertad.

El rechazo que la oposición enfrenta a la sociedad actual es afirmativo en tanto que prevé una cultura que cumple las promesas humanistas traicionadas por la vieja cultura. Así, el radicalismo político implica el radicalismo moral: la afloración de una moral que puede pre condicionar al hombre para la libertad (Marcuse, 1969: 18).

Marcuse está convencido de que la base elemental, orgánica, de la moralidad reside en el ya mencionado radicalismo, y que “la moralidad es una disposición del organismo, enraizada quizá en el impulso erótico que contrarresta la agresividad, para crear y preservar unidades cada vez mayores de vida. (Marcuse, 1969: 18)

Existe aquí una relación entre la moralidad y el propio comportamiento orgánico de los sujetos (recordando aquí, que cuando Marcuse habla de “orgánico se refiere a aquellos procesos donde los deseos, inclinaciones aficiones y aspiraciones se vuelven vitales) “Una vez que una moral específica queda afianzada como norma de comportamiento social, no sólo es introyectada, sino que también opera como norma de comportamiento orgánico” (Marcuse, 1969: 18). El funcionamiento de dicha relación es que, una vez que se ha interiorizado cierta moral se ignoran los estímulos que le son ajenos, logrando así una normalización de la conducta del individuo en sociedad.

De esta manera se repiten los patrones de conducta, que se vuelven parte de la existencia completa de quienes adoptan dicho modelo moral. Es en ese punto, en ese nivel donde se ha interiorizado el patrón de conducta moral donde debe recaer la reflexión, de no ser así, el autor afirma que el cambio se mantendría incompleto.

De este modo, una sociedad recrea constantemente, en este lado de la conciencia y la ideología, patrones de comportamiento y aspiraciones que vienen a ser parte de la naturaleza de sus miembros, y a menos que la revuelta alcance esta segunda naturaleza, llegando hasta estos patrones internalizados, el cambio social continuará incompleto, y aún llevará en sí su propia derrota (Marcuse, 1969, p.19).

La nueva moralidad de la mano con la nueva sensibilidad, representarían entonces el resultado de un retroceso de la racionalidad represiva y sus logros dentro de la sociedad dominante y un avance en la conjugación entre la sensibilidad y una conciencia radical, teniendo una racionalidad alejada de la dominación y una guiada por la imaginación.

La acción política que insiste en una nueva moralidad y una nueva sensibilidad como precondiciones y resultados del cambio social ocurre en un punto en el que la racionalidad represiva que ha llevado a cabo los logros de la sociedad industrial se vuelve sustancialmente regresiva: racional sólo en su eficacia para "contener" la liberación. (...) La transformación racional del mundo podría llevar entonces a una realidad formada por la sensibilidad estética del hombre (Marcuse, 1969: 36).

Marcuse quiere llegar al siguiente punto: impulsar el desarrollo tecnológico guiado por la imaginación productiva en pro de la des-estandarización de la moral represiva, la correcta expresividad de la dimensión estética del sujeto, así como de todas sus facultades a favor de sí mismo y en consecuencia de sus relaciones con los otros integrantes de la sociedad; con ello se llegaría a una sociedad donde el desarrollo tecnológico sirva a la disminución de energía que el individuo deberá invertir en el trabajo (ya sea intelectual o física), la elaboración de máquinas que aportan a desprender al hombre de la mecanización alejándolo de su carácter instrumental, convirtiéndose, más que en un agente principal de dicha producción, en un supervisor. La descripción de la sociedad utópica en boca del propio autor:

Nos hemos referido repetidamente a semejante tendencia: primero que nada, el creciente carácter tecnológico del proceso de producción, con la disminución de la energía física requerida y su reemplazo por energía

mental: la desmaterialización del trabajo. Al mismo tiempo, un sistema de máquinas cada vez más automatizado, ya no usado como sistema de explotación, permitiría ese distanciamiento del trabajador respecto a los instrumentos de producción, que Marx previó al final del capitalismo; los trabajadores dejarían de ser los agentes principales de la producción material y se convertirían en sus supervisores y reguladores”: la aparición de un sujeto libre dentro del reino de la necesidad. Ya desde ahora, los logros de la ciencia y la tecnología permiten el juego de la imaginación productiva (Marcuse, 1969: 36).

De la mano con la tecnología, Marcuse se sirve también de la educación en este camino hacia la recuperación del individuo, dado que, como se ha visto, el hombre unidimensional tiene en sí mismo las capacidades de su propia liberación, pero prisionero por voluntad de la represión, que incluso reproduce una de las maneras de llegar a que toque su conciencia libre, que es la educación.

Teniendo como constante traba la valorización del comercio sobre el intelecto, pugnar por una educación que permita la apropiada enseñanza y aprendizaje de los instrumentos conceptuales permite una crítica importante de la realidad material e intelectual, poniendo siempre en cuestionamiento los estándares morales guiados por las expresiones que surgen desde la dimensión estética. “Pretenden contrarrestar la engañosa neutralidad y la enseñanza a menudo simplemente apologetica, y dotar al estudiante de los instrumentos conceptuales para realizar una crítica sólida y a fondo de la cultura material e intelectual” (Marcuse, 1969: 65)

La estética y sus implicaciones a la moral, desarrolladas en el individuo darían por resultado un sujeto con un impulso vital hacia la liberación, teniendo establecida una conciencia capaz de traspasar el velo impuesto por la sociedad opulenta. “La aparición de un nuevo tipo de hombre con un impulso vital y biológico para la liberación y con una conciencia capaz de rasgar tanto el velo material como ideológico de la sociedad opulenta.” (Marcuse, 2011, 36)

Todo radica en generar las posibilidades con los instrumentos que las propias facultades del individuo poseen, aspiración que surge al analizar que las falsas necesidades gestadas en el seno del propio progreso social, son cubiertas por la vida de opulenta fachada que muestra, la negación de necesidades genuinas y de su sensibilidad y capacidades, transformadas en represión, perversión y



destrucción, que mutilan al organismo “Hoy los biólogos enfatizan que se trata de necesidades del propio organismo humano, y que su represión, su perversión y destrucción por parte de la sociedad capitalista mutilan en realidad el organismo humano, no sólo en sentido figurado sino de modo bien real y literal” (Marcuse, 2011: 40).

## Conclusiones

La propuesta marcusiana vislumbra la posibilidad de una existencia diferente a la unidimensionalidad por medio de la integración plena de las facultades sensibles e intelectuales, ambivalencia que debe ser recuperada en el análisis filosófico, dado que como se ha planteado en el presente trabajo se subordina las facultades estéticas a la razón instrumental; por una nueva condición para los sujetos sociales, por la recuperación de un hombre constituido de ambos polos.

El hombre que se describió desde el planteamiento de Marcuse mutilado por el principio de realidad, representa los estándares impuestos por la sociedad de consumo resultado del proceso que pugna por dejar en segundo plano las estructuras estéticas que presenta como inútiles a la estructura, organización y funcionamiento del sistema como lo conocemos, lo cual, afecta al desarrollo de sus integrantes, afectación reflejada en la estructura del hombre unidimensional descrito por Marcuse.

Considero por ello que la hipótesis de Marcuse contiene categorías que vuelven viable una relación entre la dimensión estética y la reestructuración de una nueva moral, que permitiría vislumbrar una realidad y organización basada en la libertad de las facultades para su correcto crecimiento, lo cual se proyectaría en una sociedad igualmente libre, no sujeta a la dinámica que responde a conceptos como consumo, producción, opulencia, despilfarro, utilidad o finalidad.

Por ello, concluyo que la dimensión estética válida y permite esta hipótesis, es decir, el entramado teórico desarrollado por el autor permite vislumbrar la posibilidad de resolver el problema de la unidimensionalidad, por medio del análisis de las características tanto del sujeto social como del hombre nuevo, que representaría una opción hacia una sociedad libre.

Esta postura representa una oposición contra los estándares que han aprisionado a las facultades humanas en una cultura positiva (es decir la aceptada por las masas y que confluye con la unidimensional de la sociedad), dicha oposición se manifiesta una protesta a la moral establecida.

Es posible con esto, retomar la dimensión estética como una efectiva herramienta de transformación de la conciencia unidimensional, para el establecimiento de una moral que integra lo intelectual y lo sensitivo, en el papel de mediador.

Ante esto, considero correctas las aproximaciones estéticas que señala Marcuse, así como posible su hipótesis la cual dicta que la conciencia del sujeto unidimensional puede sufrir una transformación al desarrollar las cualidades afines a la dimensión estética.

Lo anterior, dado que esta dimensión es sensual antes que conceptual, es intuición no noción. Este factor es indispensable, pues la naturaleza de la sensualidad es receptividad y permite crear conocimiento resultado de ser afectado por los objetos antes que volverse uno.

Es importante rescatar que el autor acepta la posibilidad de la transformación de la realidad al partir del propio individuo una vez que se den las condiciones necesarias en el sujeto, y aún cuando lo plantea como algo que no es fácil lo maneja como posible.

Para tal fin, se debe apreciar el valor y el papel que se desempeña por medio del ejercicio denominado “desublimación” el cual, si bien es un término que Marcuse retoma de Freud lo rescata para usarlo como una herramienta que le permite traspasar el velo de la realidad inmediata y explorarla por medio de la capacidad reflexiva, a fin de superar las imposiciones de una realidad que se ha alejado de la condición estética.

Esto permite que se re-signifiquen los parámetros y estándares establecidos, lo cual aporta a la formación y establecimiento de una conciencia que pugne por la necesidad de libertad, expresada desde las palabras y la imaginación por la invalidación de la realidad establecida.

Se muestran las oportunidades que darían una luz diferente representada en un lenguaje y una comunicación cotidiana ajena a los parámetros que normalizan la violencia o la destrucción.

Con esto, el trabajo retoma y muestra un modelo que permitiría al sujeto la vereda hacia un cambio donde se priorizan facultades como la sensibilidad, la sensualidad, la imaginación creadora y el juego para reemplazar el trabajo embrutecedor, por ejemplo, mismas facultades que se convertirían en agentes de transformación, fomentando relaciones auténticas no mediadas por el capital, dado que se lograrían entre seres libres.

Queda establecido a partir de lo planteado en la presente investigación que la sociedad unidimensional y su sistema de ganancias, producción y consumo, se contraponen al pleno crecimiento de sus miembros dado que llega como estandarte a la razón instrumental y cosifica a sus miembros que aparecen como utensilios para el desarrollo de la civilización positivista al servicio de una ciencia deshumanizada y destructiva.

Como lo retoman pensadores como Pierre Bourdieu o Zygmunt Bauman, la organización social que responde al sistema capitalista tiende a reflejar un modelo homogeneizado, estandarizado, sin correspondencia con las facultades individuales; por el contrario atiende las necesidades de la colectividad y de sus principios tecnológicos en detrimento de la persona y de su calidad de vida tanto intelectual como instintiva; la razón al servicio de los valores que convierten al sujeto en una pieza de producción.

Por tal razón es necesario que las categorías que se analizan desde la teoría, como en el presente trabajo, apunten a contrarrestar dichos mecanismo de la sociedad unidimensional por medio de conjuntar la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción.

Aquí la investigación y la educación juegan un papel importante, ya que funcionan como modelos de propagación que permiten transmitir las categorías de la conciencia libre; por tal razón, como se establece desde el análisis de la propuesta de Marcuse, se apela a fortalecer el compromiso con la educación con base en las categorías que se generan desde la conciencia libre que guarda una obligación con el mejoramiento de la condición humana.

El papel de la educación en la postura de Marcuse es de divulgador de los conceptos que contemplan a un hombre diferente al unidimensional, estos sujetos sociales que han normalizado su condición al tiempo que la padecen; recordemos que anteriormente se estableció que Marcuse asegura que por medio de la enseñanza sería posible insertar el germen del cambio, responsabilidad que quedaría a cargo de los intelectuales.

En este sentido, Marcuse afirma en diversos pasajes de sus textos que es necesario una reforma estructural del sistema educativo (aunque no determina cuáles serían las especificaciones de dicha reforma), para darle a los estudiantes herramientas para la crítica.

A pesar de que el filósofo alemán asevera que por medio de esta actividad a cargo de quienes se han plantado contra la unidimensional es posible propagar entre las nuevas generaciones los conceptos que permitirían un desarrollo crítico de una conciencia libre, no ahonda en dicho planteamiento.

En ese sentido, Marcuse fue profesor y referencia teórica de muchos jóvenes que incluso llevaron a la acción lo aprendido para apostar por un cambio de lo establecido, generaron un vínculo entre las herramientas gestadas en el pensamiento y las que se producen en la realidad material, lo cual muestra una forma de establecer ideas que se reflejen en cambios; pero no lo retoma de manera más amplia, lo cual es un punto de oportunidad para continuar su estudio y crear planteamientos en relación a ello.

Continuar con el estudio de su obra por el rescate de la dimensión estética como plataforma hacia una relación diferente entre el individuo y las cosas así como con otros sujetos.

Por ello se estableció en la presente tesis que la estética tiene un papel primordial en la recuperación del individuo unidimensional y de su voluntad, la re-valoración

de la percepción estética y de la imaginación para la elaboración de una síntesis que permita la producción de belleza.

De ahí se encontró que el proceso que lleva al sujeto hacia la recuperación de una sensibilidad estética parte de los sentidos que proveen a la imaginación del material de la experiencia; la sensibilidad se vuelve parte activa del conocimiento, con la capacidad de creación libre arraigada al orden de la sensibilidad y en su otro polo a la razón, con lo cual se logra un saber humano integral, donde todas sus facultades juegan un papel importante, sin descartar a la razón ni subordinarse a ella.

Con estos precedentes comparto la afirmación marcusiana que postula a la dimensión estética como medio para la conciliación de las facultades humanas en pro de su desarrollo y de sus relaciones, veo en su planteamiento estético una manera de retomar una moral universal que concilia al sujeto consigo mismo. Esta universalidad plantea a la función estética como la liga entre bajas y altas facultades, de la sensualidad hasta la moralidad.

Es por ello que se considera al carácter transitivo de la historia como una características que vuelve a los fenómenos sociales contingentes, por lo que, es viable cambiarlos; por otro lado en esta historia contingente se subraya el papel de la imaginación estética para representar la imagen de la libertad, dado que contiene las herramientas para sustraerse de las determinaciones sociales establecidas y las pone en duda.

Hacia un derrocamiento del principio de realidad (como aquel que ha sido estructurado por las determinaciones sociales específicas, que promueven una estandarización y homologación de los miembros sociales, para su control y utilización), para arribar a un nuevo modelo de existencia.

Aunque Marcuse apela a una nueva realidad formada por un sujeto que ha logrado desarrollar e integrar tanto las altas facultades (intelectuales), como las bajas facultades (sensitivas), se podría cuestionar si esto no representa una sociedad que pasa de una imposición a otra, ya que, parecería que se genera un nuevo

modelo de existencia basado en una premisa específica.

La contradicción es digna de mencionarse y es necesario aclararla. Marcuse apela a una existencia libre, en el sentido de no generar una dependencia a la estructura que responde a intereses comerciales al tiempo que niega al sujeto; frente a ello, una existencia libre representaría la posibilidad de que, una vez, rescatado el individuo como ser humano íntegro, éste podría establecer su propia dimensión de existencia que no contendría el impulso de transgredir o pretender la dominación de la naturaleza ni de las personas.

Los parámetros impuesto se disolverían, y la voluntad así como la moral restablecidas de este sujeto, permitirían una convivencia constructiva sobre su vida, y por ende, sus relaciones tendrían el mismo carácter.

Se observa aquí cómo la moral restablecida daría paso a un nuevo modelo de existencia satisfactoria, hablando aquí de una “universalización de los valores culturales”, de lograr que el acceso a los bienes culturales –por ejemplo- se vuelva un derecho para toda la ciudadanía, apelar a un mejoramiento de la educación, del desarrollo corporal, espiritual y moral.

Este planteamiento apunta a rescatar la voluntad y la conciencia verdadera en la estructura del sujeto, dado que al partir de ahí las posibilidades morales que se generen en la sociedad deben surgir y ser evaluadas desde esos mismo factores; es decir, crear las condiciones que permitan poner a disposición de las masas creaciones del orden cultural (en este caso de la cultura negativa, es decir que contrarrestan la cultura positiva que es la impuesta y reproducida por la colectividad).

Durante el desarrollo de la presente tesis se hizo referencia a conceptos como imaginación, razón, fantasía y arte, ya que son categorías básicas en la propuesta que hace Marcuse para crear una oposición al modelo de pensamiento utilitario de la razón instrumental, al tiempo que revalúa las facultades de la imaginación que

expresa las propiedades reprimidas del sujeto materializándose en el arte, para darle a la razón la posibilidad de renovarse y escapar de los parámetros establecidos por medio de un pensamiento autónomo.

Dichos conceptos de la mano con las condiciones materiales y psicológicas del sujeto y su entorno, vislumbra un cambio cualitativo de la realidad que no signifique la sustitución histórica de la dominación, que se refleje y reconozca en una nueva antropología, es decir, la transformación de la unidimensionalidad, formulando una realidad por medio de la Teoría Crítica y la imaginación por medio de la utopía.

Desde esta perspectiva estética, el arte se vuelve una herramienta para la construcción de una nueva conciencia, por medio de un lenguaje diferente, donde una vez que se dejan de lado los conceptos adoptados del propio sistema, es capaz de desarrollar pensamientos propios, un rompimiento con la percepción que tiene del mundo e incluso de sí mismo.

Para llegar al punto de la libre conciencia que busca Marcuse, hay que lograr el abandono de la represión voluntaria como una labor de la conciencia, aun cuando dicha represión es en gran parte inconsciente. Por ello, como ya se ha mencionado, se sirve de la imaginación estética, hacia un cambio de los modelos conductuales y de los estándares morales, dado que permite vislumbrar posibilidades y realidades alternas a las dadas.

Cabe aquí mencionar el término de utopía ya que permite dos cosas, por un lado, le da temporalidad a las propuestas teóricas que deberán manifestarse en el futuro y en segundo lugar supera la percepción que se tiene de las contradicciones que existen al poner sobre la mesa lo que es y lo que puede ser.

Por ello, la utopía no funge como un término que representa una realidad imposible, sino que refleja una posible; la expresión hacia el futuro de una existencia diferente, enfatizando en su diferencia con la ideología, ya que ésta responde a los estándares establecidos de la realidad, mientras que la utopía propone situaciones que escapan a lo establecido en la sociedad. Se contraponen la utopía a la ideología, ya que la primera tiende a la transformación radical y la ideología mantiene la



situación social existente.

Se tendrá presente que el trabajo de la renovación de la razón recae, en parte, en la imaginación, ya que ésta, no acepta ni reproduce lo dado, se vuelve cuna de el Gran Rechazo.

Esto representa por un lado, la aceptación de que hay factores de la sociedad útiles para el propio cambio (ya que la finalidad de la postura marcusiana no es derrocar o destruir el sistema social sino superarlo por medio de su consumación), que se vería reflejado en la aplicación y difusión del conocimiento por medio de la educación.

Un sistema de esperanza que contrarrestará la propagación de una moralidad social que fomenta la contradicción entre las posibilidades liberadoras y la transformación tecnológica, donde se contraponen una vida ligera con la intensificación de la lucha por la existencia que ha generado agresividad y odio.

Apuntar a la erradicación de la moral que promueve dicha condición, permite vislumbrar una nueva antropología que vea nacer un hombre diferente al unidimensional, la dimensión estética como puente entre las facultades del intelecto y las facultades de la razón, para apelar por una moral que permita la libertad como principio y necesidad.

Por ello concluyo que el desglose y análisis de las categorías marcusianas presentes en este trabajo de investigación, ofrece una propuesta que cumple con los objetivos planteados, es decir, dentro del entramado conceptual se puede observar que para lograr un cambio en la producción intelectual y material es necesario una revolución en la sociedad capitalista, dado que Marcuse mostró que sus características atrofian el desarrollo óptimo del hombre.

En este punto la dimensión estética es ya aquella facultad perteneciente a los sentidos que sirve para designar la cualidad del proceso productivo-creativo en un ambiente de libertad y con ello fomenta que la técnica asuma las características del arte al tiempo que traduce la sensibilidad subjetiva en forma objetiva: en realidad.

Para cerrar este apartado quiero mencionar que el autor alerta sobre una problemática que se replicándose hoy en día en las particularidades que ensombrecen a la sociedad y que siguen en conflicto, entre dichas problemáticas se encuentra la propia subordinación de la sensibilidad a la razón instrumental reflejada en la oposición que han colocado a las ciencias humanas y artísticas frente a aquellas a las que han llamado duras o exactas, lo cual tiene gran visibilidad entre los que se dedican a la producción cultural o intelectual, e incluyo la labor de quienes egresan de las universidades de ciencias sociales y humanidades que permanecen en constante disputa y debate no solo para denunciar y atentar contra la sociedad unidimensional sino también para sobrevivir en ella.

La sensibilidad y la imaginación estética en resistencia constante no es una dinámica superada, sino que sigue siendo un factor en nuestra sociedad, tanto en sus procesos de producción así como en las relaciones humanas, donde existe una tendencia que se inclina por el mercado y la cosificación, por el trabajo enajenado, la mecanización, procesos de estandarización, etc. Situación que demanda darle seguimiento a aquellos autores que lo identificaron, analizaron, criticaron y dejaron un legado teórico que permite conformar en la propia y en las nuevas generaciones, la integración de conceptos que se contrapongan a los establecidos.

Tal es el caso de planteamientos como el de la imaginación productiva de la mano con la des-estandarización de la moral represiva, la correcta expresividad de la dimensión estética del sujeto, así como de todas su facultades a favor de sí mismas y en consecuencia, de sus relaciones con los otros integrantes de la sociedad; esto requiere retomarse y plantearse en todos los casos de quienes integran las sociedades actuales, posible solo por medio del rescate y estudio de este tipo de autores, ya que aportaría a desprender al hombre de la mecanización alejándolo de su carácter instrumental.

Es así que la nueva sensibilidad de la que se habló en este trabajo expresa por sí misma la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, la cual nutriría a nivel social la necesidad de abolir la injusticia y la miseria, configurando así la ulterior evolución del nivel de vida, un nuevo principio de realidad, una

inteligencia científica dirigida hacia la creación de una moral estética.

Subrayo para finalizar que a pesar de que Marcuse es un autor que estableció su teoría hace varias décadas en busca de enaltecer las facultades desterradas del desarrollo de la civilización, aún se puede encontrar en su planteamiento estético, un modelo que permitiría al sujeto un cambio de su realidad desde la sensibilidad y la imaginación, que fungirán como agentes de transformación y de relaciones auténticas no mediadas por el capital, relaciones entre seres libres reproducidos desde la educación.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuente

Marcuse, H. (1969). *Un ensayo sobre la liberación*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz

——— (1979). *Ontología de Hegel y teoría de la historicidad*, Barcelona, Martínez Roca

——— (1984). *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza Editores

——— (1986). *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel

——— (1986). *Contra revolución y revuelta*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz

——— (2010). *Razón y revolución*, Madrid, Alianza Editores

——— (2010). *Eros y civilización*, Barcelona, Crítica

——— (2010). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona, Crítica

——— (2011). *La sociedad carnívora*, Ediciones Godot

——— (2011). *Acerca del carácter afirmativo de la cultura*, El cuenco de plata

——— (2011). *Entre hermenéutica y teoría crítica, artículos 1929-1931*, Herder

### Complementaria

Abbagnano, N., (1963). *Diccionario de Filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica

Álvarez Caballero, B. (2006). “Destrucción Cultural y Discriminación Social: en denuncia contra la modernidad en la lírica de José Emilio Pacheco”, *Ciencia Ergo Sum*, col. 13, Estado de México, pp. 157-167

Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México

Bauman, Z. (2001). *La globalización, Consecuencias Humanas*, Fondo de Cultura Económica, México

Briceño Linares, Y. (2010). “La escuela de Frankfurt y el concepto de industria cultural”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Venezuela

- Celis, G. (2012). "Cultura industrial y enajenación en la sociedad contemporánea: Una reflexión desde el hombre unidimensional de H. Marcuse", Tesis de la Universidad Industrial De Santander
- Cohen, A.J. (1978). *Marcuse entre Freud y Marx*, España, Sociedad de Educación Atenas
- Conti Romina, (2011). "La desalienación Estética en Schiller y Marcuse" *scielo.org.ar*, no. 2,
- Dalahanty, G. (1999). "Marcuse: La enajenación del sujeto y el autoritarismo en la cultura" en revista *Argumentos*, México
- De Romero, J.M. (2010). *Herbert Marcuse y los orígenes de la teoría crítica: Contribuciones a una fenomenología del materialismo histórico*, Madrid, Plaza y Valdés
- Díaz, C. (2011). "Cronología de una utopía. Herbert Marcuse" en revista *Nómadas*, Madrid
- Ferrater, J. (1981). *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza Editorial
- Freud. (2005). *El malestar en la cultura*, México. Siglo XXI
- (2013). *Porvenir de la ilusión*, España. Taurus.
- (2006). *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza Editorial
- Fromm E. (1970). *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI Editorial
- Gandler S. (2016). *Teoría Crítica imposible resignarse; Pesadilla de represión y aventuras de emancipación*, México, Serie las Ciencias Sociales.
- Gómez Redondo, F. (1996). *Crítica literaria del siglo XX*, Madrid, EDAF
- Horkheimer, H. (2010). *Crítica de la Razón Instrumental*, Madrid, Editorial Trotta
- Horkheimer, H., Theodor, W. (2009). *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Editorial Trotta
- Rocha de la Torre, A. (2014). "Herbert Marcuse: Entre psicología y filosofía" *Revista interdisciplinaria de Filosofía*, vol. 9, Chile, pp. 25-34
- Hernández, V. (2008). "Análisis crítico del capitalismo transnacional", *Redalyc*, Buenos Aires, Argentina.
- Hobsbawm, E. (2014). *Historia del siglo XX*, México, Crítica
- Jankelevitch, V. (1989). *La aventura, el aburrimiento, lo serio*, Madrid, Taurus
- Jay, M. (1989). *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus

——— (2003). *Campos de fuerza: entre la historia intelectual y la cultura crítica*, Buenos Aires, Paidós.

López Sáenz (1988). “La crítica de la racionalidad tecnológica en Herbert Marcuse”, *Enrahonar*, no.14, Barcelona, pp. 81-93

——— (1999). “Estética y liberación en H. Marcuse, en el centenario de su nacimiento”, *Contrastes*, vol. 4, Málaga, España.

——— (2000). *El arte como racionalidad liberadora: Consideraciones desde Marcuse, Merleau-Ponty y Gadamer*, Madrid, Cuan UNED

——— (2018). “H. Marcuse: Filosofía Crítica. Contra el Totalitarismo de la Unidimensionalidad” In: D. Sanchez Meca and R. Herrera, ed., *Totalitarismo la resistencia filosófica*, 1st ed. Madrid: Tecnos, pp.109-112.

——— (2018). “Herbert Marcuse: “El final de la utopía” en el siglo XXI”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, no. 47, España.

Medina López E. (1998). “Memorias del encuentro Marcuse y la cultura del 68”, *Sociológicamexico*, no. 38, México.

Romero Cuevas, J. (2012). *Herbert Marcuse y los Orígenes de la Teoría Crítica. Una Aproximación*, Plaza y Valdés editores

Seoane C., Javier B (2001). *Marcuse y los sujetos: Teoría Crítica en la Venezuela Actual*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.

Vargas Campos, R. (2006). “Marcuse: vigencia de un pensamiento inactual”, *Filosofía Univ.*, Costa Rica

Verneaux, Roger. (1999). *Epistemología general o crítica del conocimiento*, España, Herder.

## **Electrónica**

Cuevas Ruiz R, (2014), *La estética de Marcuse* (tesis de maestría), Universidad Nacional de Educación a Distancia, Facultad de Filosofía, Madrid, recuperado de <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:masterFilosofiaFilosofiaPractica-Rcuevas/Documento.pdf>

Díaz Calvo, E., (2011), “Cronología de una Utopía. Herbert Marcuse”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, España, recuperado de <https://webs.ucm.es/info/nomadas/31/meugeniadiazcalvo.pdf>

Laso, S., (2004), "La importancia de la teoría crítica en las ciencias sociales", *Espacio Abierto*, vol. 13, no. 3, pp. 435 – 455, Venezuela, recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/122/12213305.pdf>

Osorio, S. N., (2007), "La teoría Crítica de la Sociedad de la Escuela de Frankfurt , algunos presupuestos teórico-críticos", *Revista Educación y Desarrollo Social*, vol. 1, no. 1, España, recuperado de <http://www.umng.edu.co/documents/63968/80132/RevNo1vol1.Art8.pdf>

Martino Bermúdez, M., (2015), "Diálogo con Rogério Lustosa Bastos: a raíz del hombre unidimensional", *Revista Katálysis*, vol. 18, núm. 2, Brasil, recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1796/179643308011.pdf>

Romero Cuevas J. M., (2013), "La problemática de la historicidad en el primer H. Marcuse", *Pensamiento revista de Investigación e Información Filosófica*, España, recuperado de <http://revistas.upcomillas.es/index.php/pensamiento/article/view/2000>

Romero Cuevas J. M., (2010), *Herbert Marcuse y los Orígenes de la Teoría Crítica. Una aproximación*, Plaza y Valdez editores, Madrid.

Trazegnies Granda, F. (1969), "Marcuse y el derecho unidimensional", *Derecho PUCP*, no. 27, Perú, recuperado de <file:///Users/aura/Downloads/Dialnet-MarcuseYEIDerechoUnidimensional-5143963.pdf>

Asselborn, C. J., (2011), "Necesidades, libertad y liberación. La cuestión de las necesidades, los deseos y las preferencias en H. Marcuse y F. Hinkelammert: Aproximaciones" *Revista de la Universidad Bolivariana*, Volumen 10, N° 28, Bolivia, recuperado de [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-65682011000100019](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-65682011000100019)